





**P**ensar esa incómoda  
posmodernidad desde  
América Latina

*Red UIC*



*Revista UIC*  
Red. UTOPIA



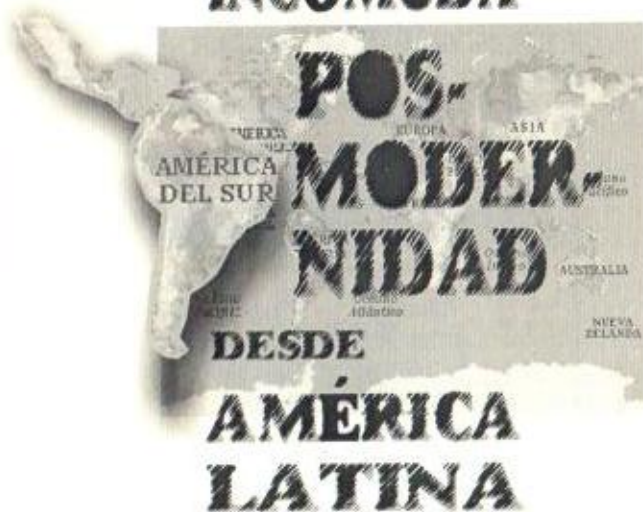
CREACIÓN • REFLEXIÓN • CRÍTICA

*jitanjáfora* M<sup>o</sup>RELLA Editorial

COLECCIÓN  FRAGMENTARIAS

*Red 2001*

**PENSAZAR ESA  
INCOMODA**



**MARIO MAGALLÓN  
ANAYA**

RED UTOPIA, A.C.

*jitanjáfora* M<sup>o</sup>RELIA Editorial

S E R I E  FRAGMENTARIO

*Red 2002*

# Pensar esa incómoda posmodernidad desde América Latina

DE  
MARIO MAGALLÓN ANAYA

Primera Edición: Junio de 2002

Coedición Red Utopía, A.C. - *jitanjáfora* Morelia

Derechos reservados conforme  
a la ley, por la presente edición.

© MARIO MAGALLÓN ANAYA  
© *jitanjáfora* Morelia Artes Gráficas  
(diseño y tipografía) y  
© RED UTOPIA, ASOCIACIÓN CIVIL.  
Corregidora 712, Centro Histórico.  
Tel (4) 3 12 18 28.  
Morelia, Michoacán, México. 58000

Comúnicate con el editor:

e. m.

jmlara@zeus.ccu.umich.mx

EJEMPLAR N°



Diseño, tipografía, impresión  
y encuadernación manual:  
*jitanjáfora* Morelia  
Impreso y hecho en México.  
*Printed and made in Mexico.*

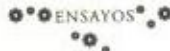
filoSofía

ENSAYOS TRATADOS COMPILACIONES  
COORDINACIÓN GENERAL

EMILIANO J. MENDOZA SOLÍS



MARIO MAGALLÓN ANAYA



## LA POSMODERNIDAD

El desarrollo en América Latina:  
latinoamericanismo y globalización  
Latinoamérica y globalización  
Democracia en América Latina  
y nuevo orden mundial

GLOBALIDAD, NEOLIBERALISMO  
Y DEMOCRATIZACIÓN EN AMÉRICA  
LATINA

DEMOCRACIA, JUSTICIA E  
INCERTIDUMBRE

bibliografía

A través de la historia de la humanidad se ha decretado varias veces la muerte de la filosofía. Pero este fenecimiento ya implica en sí mismo argumentar filosóficamente para demostrar su supuesta desaparición. Se ha planteado, sobre todo, la muerte de la metafísica y la eliminación de presupuestos ontológicos.

Ya Martín Heidegger señalaba que el despliegue de la filosofía en ciencias particulares e independientes es la «muestra de su legítimo acabamiento». Escribe que la filosofía finaliza en la época actual, por el hecho de que la cientificidad ya ha ocupado su lugar en la sociedad y la cual se extiende a toda la humanidad; su rasgo fundamental se caracteriza por haber alcanzado el nivel cibernético, es decir, de alto desarrollo tecnológico y científico. Por lo tanto: «...el final de la filosofía se muestra como el de la instalación manipulable de un mundo científico-técnico, y de un orden social en consonancia con él» (Heidegger, M., 1980, p 102). Desde este horizonte comprensivo de la historia de la filosofía y la filosofía misma, como hasta ahora se venían entendiendo, son en cierta forma un anacronismo, y por lo tanto *su muerte es ya inminente*, y ante este horizonte es la preparación para su

muerte. Esto hace pensar al escritor de El ser y el tiempo, que la filosofía no ha estado a la altura de la «cosa» del pensamiento. Así, ya el supuesto pensar de la filosofía es inferior, sobre todo, al de la ciencia y la técnica, porque su tarea ahora tiene sólo un carácter preparatorio y no precisamente fundante. Se conforma con despertar una disposición humana a la posibilidad cuyo contorno sigue siendo oscuro y su llegada es dudosa e incierta. Tal supuesto pensar, según Heidegger, en contra de la modernidad filosófica hegeliana, no puede predecir ningún futuro ni progreso, porque, según Hegel, el filósofo no hace profecías. Y en el aspecto de la historia tenemos que habérmolas con lo que ha sido y con lo que es. En filosofía, empero, con aquello, que no sólo ha sido y no sólo será, sino que es y es eterno: la razón. Y ello basta. (Hegel, G.W.F., 1974, P 177). La razón es para el filósofo de Gena, la categoría misma que rige al mundo. Lo racional es el ser en sí y por sí, mediante el cual todo tiene su valor. (Idem., p 44) la razón y la historia si acaso, intentan indicarle algo al presente, es aquello que ya fue dicho por la filosofía, como sería la llamada a la «cosa misma», al Ser.

Esta reflexión heideggeriana se afirma y coincide con las tesis posmodernas, las que se realizan a partir de una función desontologizadora de todos los supuestos; una crítica devastadora a la noción de totalidad, particularmente sustentada por el marxismo y la Teoría de Sistemas. Es

más, es la crítica a toda teoría globalizadora de la sociedad, como de toda pretensión que busque definir el futuro desde la teoría; es la crítica a la teoría del hombre dominada por las abstracciones que han servido para justificar no sólo las concepciones de la totalidad, sino de los totalitarismos, en nombre de la razón y de la historia. Parece que ahora se invierte el viejo principio hegeliano: todo lo real es racional y todo lo racional es real, para imperar aquel que rezaría: todo lo real es irracional y todo lo racional es irreal.

Así, la noción de posmodernidad y su uso pone en juego la profunda crisis de la identidad por la que atraviesa la época contemporánea y se refleja con mayor conciencia en áreas de reflexión social, filosófica, histórica, científica y política. La visión única del mundo de la modernidad y la supuesta universalidad de sus principios, en la actualidad está cuestionada. El proyecto iluminista de la modernidad, como el de homologar lo particular con lo universal ha sido puesto en cuestión. La posmodernidad está en contra de las normas iluministas, considera al mundo como contingente, inexplicado, diverso, inestable, indeterminado, como un conjunto de culturas desunidas, de interpretaciones que engendran un grado de escepticismo sobre la objetividad de la verdad, de la historia, de las normas, de lo dado, de la *Naturaleza* y de la coherencia de las identidades. Este modo de ver la

realidad, para algunos, tiene efectivas razones materiales: surge de un cambio histórico de Occidente hacia una nueva forma de capitalismo, hacia el efímero y descentralizado mundo de la tecnología, el consumismo y la industria cultural, en el cual las industrias de servicio, de finanzas e información triunfan sobre las manufacturas tradicionales y de las políticas clásicas basadas en las clases y ceden su lugar a la difusa serie de políticas de identidad.

Pero contra esta manera de entender la posmodernidad es necesario intentar pensar históricamente el presente, en un tiempo en el cual se ha olvidado cómo se piensa históricamente. Es decir: o bien lo posmoderno *expresa* el irrefrenable y profundo impulso histórico, o a la inversa, lo reprime y lo desvía con una eficacia inusitada, esto, según nos inclinemos a uno u otro aspecto de esta ambigüedad. Lo más recomendable sería verla como la conciencia teórica de su propia condición de posibilidad, que es sobre todo una enumeración de cambios y modificaciones. La modernidad al igual que la posmodernidad, también pensó de modo compulsivo lo nuevo e intentó observar su nacimiento, para ello inventó registros de secuencias históricas; pero la segunda, en cambio, busca rupturas y acontecimientos antes que mundos nuevos. Los modernos se interesaban por lo que surgiría de estos cambios, pensaban en la misma cosa de manera utópica y desde una tendencia general,

la posmodernidad en cambio, sólo registra las propias variaciones, sabe sobradamente, que los contenidos son meras imágenes. En la modernidad subsisten formas residuales de la *Naturaleza* o del *ser*, de lo viejo, incluso, de lo más viejo: de lo arcaico, donde la cultura todavía puede tener alguna influencia sobre la naturaleza e intentar transformar ese *referente*. La posmodernidad es lo que queda cuando el proceso de modernización ha concluido y la naturaleza se ha ido para siempre. Es un mundo quizá, *más humano* que el antiguo, pero en él la cultura se ha convertido en una auténtica *segunda Naturaleza*. Es una inmensa aculturación de lo Real históricamente original, es un salto increíble y desmesurado de *estetización* de la realidad. La cultura posmoderna se ha convertido en un producto por derecho propio, del mercado y éste se ha convertido en un sustituto de sí mismo y en una mercancía, como todos los productos que contiene. Mientras que la modernidad era una crítica tendenciosa de la mercancía y un esfuerzo porque ésta se trascendiera a sí misma (Marx), la mercantilidad es el proceso y el consumo de la pura mercantilización. Por otro lado, es imposible hablar de la *teoría de la posmodernidad en general* sin recurrir a la cuestión de la ignorancia histórica, condición exasperante de una serie de intentos espasmódicos e intermitentes, pero desesperados por recuperar la historia. La posmodernidad es, pues, el intento desesperado y asfixiante

que busca medir la temperatura de la época sin *instrumentos*, en una situación en la cual ni siquiera estamos seguros de que todavía exista algo tan coherente como el *concepto* de época, de *sistema* o de *situación actual*.

La versión moderna de la historia es la primera víctima y la ausencia misteriosa del período posmoderno. La idea de progreso y de un telos en sus formas más auténticas, estuvo viva hasta muy recientemente. Cada obra auténtica destronaba, de forma lógica, de manera inesperada a su predecesora. La dialéctica histórica afirmaba que así funcionaba toda la historia, mediante la catástrofe y el desastre. Pero una mañana salimos y el termómetro para medir la historia había desaparecido.

Se dice que el concepto de posmodernidad fue empleado por primera vez en 1934 por Federico de Onís en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*. De cualquier forma fue en el segundo lustro de los años cuarenta, del presente siglo (1946), cuando por primera vez hace presencia y es usado como noción de posmodernidad por el historiador inglés Arnold Toynbee. Su utilización en aquel momento no fue un foco de atención ni para sociólogos, ni historiadores, ni filósofos, sí para poetas, artistas y críticos literarios (Cfr. Toynbee, A., 1946). La Edad Posmoderna aparece en su Estudio de la historia, escrito en 1938, como el cuarto período importante de la historia de Occidente,

tiene como precedentes a: Occidente I (Edad obscura); a Occidente II (Edad media); y a Occidente III (Edad moderna). Según este autor, esta nueva época se inicia después de 1875, con el fin de mostrar la dominación de Occidente y el ocaso del individualismo, del capitalismo y del cristianismo. Sólo en la década de los sesenta, del presente siglo, empieza a ganar importancia en los Estados Unidos de Norteamérica, se asocia al movimiento de contracultura y a la posibilidad de haber dejado atrás la fase de los desastres producidos por la irracionalidad económica y las guerras. Más adelante su valor semántico va cayendo en descrédito y produce numerosos debates. A pesar de su desprestigio la noción de posmodernidad nos muestra la profunda crisis de la época que hoy se vive, para reflejar una mayor conciencia y cuestionar el hecho de que el llamado progreso, las normas jurídicas, el derecho y todo aquello que se designó como verdad es contrariada por los efectos negativos de la demencia mercantil y el consumo. Lo cual lleva a la duda, a pensar si la modernidad ya llegó a su fin, no obstante que la tendencia actual, sin dejar de ser moderna, va hacia la globalización planetaria, lo cual llevara a cuestionar su noción integradora y la posibilidad de su fenecimiento. Así lo muestran acontecimientos como Hiroshima, *La tormenta del desierto*, la prolongación de la fragmentación territorial en Yugoslavia y la irracional e injustificada guerra en Somalia, ade-



más de los hechos históricos que hoy están haciendo presencia. La duda se expande al cuestionamiento de las mismas posibilidades creativas en las artes, y a sí la historia ha llegado a su fin. Todos ellos, según el diagnóstico actual, por su incapacidad de producir realmente algo nuevo, que sea algo más allá de una moda funcional bajo la permanente vigilancia de los imperativos económicos.

Empero, cabe destacar, dicho sea de paso, que el prefijo *post* fue empleado en un sentido consciente desde la modernidad misma, para distinguirlo del pasado y perfilar lo nuevo, lo cual no quiere decir que sea o esté después o se siga de la modernidad, como si se tratara de la superación de la «etapa» precedente. Se llega incluso a semejarlo con el gótico, con el barroco o con el rococó, por su abigarrado eclecticismo (Cfr. Kurnitzky, H. 1993).

La posmodernidad, según Habermas, se presenta más como antimodernidad; es la contraparte complementaria del neoconservadurismo. Los neoconservadores, según Habermas, son antimodernos al defender la tradición cultural de la fe religiosa, de la ética de la disciplina del trabajo. Los posmodernos mantienen la misma posición en contra de la modernidad al cuestionar a la razón sustantiva de la Ilustración en favor de una subjetividad descentrada, de la emancipación de los imperativos del trabajo, de la emotividad y de la autoexperiencia, así como sus falli-

dos y extravagantes programas de realización de vanguardia y falsa negación de la cultura (Cfr. Habermas, J. 1986). Habermas señala en defensa de la modernidad, que el proyecto ilustrado no es un proyecto fracasado, sino «inacabado». Para él, el concepto de modernidad tiene que ir adelante y cambiarse por un concepto de diálogo intersubjetivo por una forma de comunicación pública, libre y democrática, la cual permitirá a través de la comunicación pública, resolver los conflictos sociales y terminar pacíficamente en una sociedad de bienestar para todos. Bajo la perspectiva habermasiana no se trata de estar en oposición con la modernidad, sino, más bien, en contra de la ideología neoconservadora o falsamente negativa. De tal manera, el proyecto de la modernidad debe continuar su marcha y enfrentar tanto a la premodernidad conservadora como a la antimodernidad posmodernista.

Tal vez el concepto clave de la posmodernidad consista en la ruptura con el patrón cultural de la modernidad al rechazar el modelo interno-externo y el de la dialéctica de la esencia y la apariencia; el del consciente e inconsciente freudiano; el modelo existencialista de autenticidad e inautenticidad; y el semiótico de significante y significado. Esto lleva a la fragmentación del «yo», de la cultura, del sujeto, a la vivencia sólo de lo sincrónico y al debilitamiento de la historicidad, sustituida por el simulacro, por la consideración de una historia que no es real (Cfr.

Baudrillard, J., 1988). Cabe esperar que la nueva lógica espacial del simulacro tenga un efecto crucial en lo que solía ser el tiempo histórico. El propio pasado se modifica. El pasado como referente se va poniendo paulatinamente entre paréntesis y termina borrándose del todo. La sociedad de la imagen o del «simulacro», según Frederic Jameson, es la transformación de lo real en múltiples pseudoacontecimientos, lo cual sugiere que algunas de las más veneradas, estimadas y radicales concepciones con relación a la naturaleza de la política cultural, resulten ya anacrónicas. (Cfr. Jameson, F.1991. P 66). Obviamente, esto se puede entender como la incapacidad de ser actores reales en el proceso histórico-social. De tal forma, la posmodernidad se caracteriza por el estereotipo y el culto a la imagen. Porque su fragmentación y superficialidad no dejan proyecto de futuro. Para Baudrillard, este advenimiento de una sociedad de masas, de ésta, de una mayoría silenciosa que no tiene historia que escribir, llevó a la decadencia de lo político, pues al ya no haber referentes sociales como los de pueblo, clase social, etc., y al quedar la masa como mera existencia social estadística, desaparece el sujeto. Desde este horizonte, la masa ya ni siquiera puede estar alienada y por lo tanto no es susceptible de liberación o de revolución. En consecuencia, esa masa no puede ser sujeto, ni tampoco tiene estructura propia, ni sigue leyes, rechaza la historia, la políti-

ca, lo universal y se refugia en lo cotidiano y en el consumo. Lipovetsky señala que se está gestando un nuevo individualismo que irá más allá del proyecto de la Ilustración, donde se reivindica la pluralidad fragmentaria, la fractura disciplinaria de la concepción fordista, por otra nueva y flexible, basada en la informática y en la era tecnocrónica. Esta flexibilización de la sociedad sólo requiere de un mínimo de coerción e imposición.

En las cosas vistas desde esta perspectiva, encontramos que la sociedad se concibe a partir de una libertad absoluta de «máxima elección», de «mínima autoridad» y del «máximo deseo». Se potencia el despliegue de los deseos y de los placeres y su supuesta satisfacción, de la vivencia inmediata de lo efímero. La flexibilidad se contrapone a la rigidez y a la disciplina del hombre sometido a la voluntad general o de partido y a una razón absoluta. Se crea así un nuevo valor como el de «...respeto a la singularidad subjetiva, y al derecho a disfrutar la vida al máximo, a la libertad de lo cotidiano y en las costumbres». Baudrillard coincide con Lipovetski, además de lo arriba señalado, en cuanto a que la revolución y la lucha por la liberación ya no son necesarias, porque se vaciaron para siempre de utilidad y sentido; en consecuencia cualquier intento por resucitarlas sería fallido. Por otro lado, la esperanza en el futuro ya no existe, porque el futuro es siempre presente. La sociedad posmoderna es la del consumo libre de elección,

pero desenfadada. (Cfr. Lipovetsky, G., 1987 y 1994).

Otro rasgo del posmodernismo que se debe resaltar es el de la actitud de igualdad e indiferencia ante todo. «Es decir, hay una pérdida de la especificidad de cada cosa, un vaciamiento de contenido; es como en una tienda, donde se puede poner cualquier cosa, pero a fin de cuentas todas son mercancías... Hay que resaltar que en el posmodernismo la experiencia de la infantilización es bastante visible, es un hecho; los adultos- niños son llevados a una etapa donde no están presentes las tensiones entre los sexos, o al menos esa es la pretensión» (Kurnitzky, H., Echeverría, B., 1993, p 9). La posmodernidad permite a los consumidores participar alegremente en los eventos que organiza, liberándolos de la obligación de enfrentarse con su propia historia. Es la infantilización y regresión a la fase de desarrollo psíquico, donde el individuo acaba de pasar por una catástrofe. En estos eventos de diversión y consumo los participantes se encuentran en un estado de regresión, lo cual confirma las formas de diversión de las masas, así como el carácter general del juego y del entretenimiento que se encuentra en la mentalidad de los niños de 10-12 años. Esta regresión corresponde ontogenéticamente a la época de latencia del desarrollo psíquico individual, fase donde las tensiones productivas se encuentran inactivas en el desarrollo de los sexos (Cfr. Kurnitzky, H., 1994 y

Kurnitzky, H. Echeverría, B., 1993). Puede decirse que la posmodernidad se contrapone a las concepciones organicistas, funcionalistas, de la totalidad o sistemáticas. Y esta totalidad se correlaciona con la puesta en crisis de los grandes discursos y metarrelatos de la modernidad, así como con la proliferación de los juegos verbales y sus reglas. Rompe el lazo unificador y origina la dispersión de los sujetos. Nosotros y los otros ya no son diferenciadores de las culturas ni de los sujetos, su especificidad se pierde y emerge ahora una poderosa Otredad cuyos poseedores particulares pueden volverse indiferentemente e intercambiables: mujeres, judíos, albanos, serbios, prisioneros, gays, aborígenes, etc. La ciencia misma, más que tender a la unificación, se dispersa en una infinidad de conocimientos especializados, donde prácticamente nadie domina (Cfr. Lyotard, Jean-François. 1987 y 1989).

Hoy, la globalidad es un nuevo desafío multidisciplinario y coloca a la filosofía en un lugar más modesto; ya no se concibe como una concepción teórico-discursiva-totalizadora y totalizante de los saberes, sino más bien como una disciplina especializada sin pretensiones de privilegio cognitivo que busca superar el logocentrismo y el cientificismo, a los estándares analíticos más rigurosos y a los sofocantes ideales de la cientificidad; así sea que se escoja como dechado a la física o a la neurofisiología, o a un procedimiento metodológico como es el beha-

viorista. En ella cobra una mayor presencia el giro lingüístico por el que se intenta dar fundamentos más consistentes a la argumentación teórica. De esta forma, «... el giro lingüístico ha asentado a la filosofía sobre fundamentos más sólidos y la ha sacado de las aporías de la conciencia. Pero también ha dado lugar a una comprensión ontológica del lenguaje automatizado frente a los procesos de aprendizaje intramundanos a la función abridora del mundo que el lenguaje posee, y transfigura las mudanzas de imágenes del mundo en un poético acontecer esencial/... / los conceptos escépticos de razón han tenido efectos beneficiosos sobre la filosofía al desanimarla de sus desmesuradas pretensiones, a la vez que la han confirmado en su papel de guardiana de la racionalidad» (Habermas, J., 1990, p 18).

La crítica radical de la razón y su sentido instrumental se reprime para buscar refugio en lo totalmente «otro», para abrir la posibilidad a la filosofía para descubrir sus limitaciones y alcances y a la vez establecer la relación interna que existe entre la praxis y la teoría, protegiéndola de las supuestas ilusiones de independencia y abrir los ojos a un espectro de validez que va más allá de las pretensiones de validez asertórica. Esto mismo ha hecho retroceder a muchos individuos a un productivismo que reduce a la praxis al trabajo, lo que no permite mirar las conexiones existentes entre el mundo de la vida

simbólicamente estructurado con la acción comunicativa y el discurso. Hoy se perfilan nuevas convergencias, sin embargo no debe olvidarse que todas ellas son en torno a temas que no envejecen, como la disputa sobre la unidad de la razón en la pluralidad de sus voces; la posición del pensamiento filosófico en el concierto de las ciencias; reflexiona en torno al esoterismo de la ciencia especializada y de la Ilustración; sobre la libertad y los procesos de liberación y en torno a los derechos humanos; dialoga con relación a la controversia de los límites entre la filosofía y la literatura. Esta ola arrolladora de restauración ha vuelto a sacar a flote un viejo tema que ha acompañado desde siempre a la modernidad, el del remedo de sustancialidad que representa la tentativa de renovar la metafísica.

Por otro lado y desde otra perspectiva, podemos decir, que lo que se le ha dado el nombre de posmodernidad no es, de ninguna forma, una respuesta a la modernidad en crisis, sino más bien, como escribe Kurnitzky, un síntoma de la crisis del mercado. La desvinculación entre la economía y la sociedad finalmente arruinó el mercado y su función integradora. Cuando se liberaron los intereses económicos parciales frente a la sociedad y fueron retirados del control social, provocó el retiro de la competencia y se deshizo la cohesión social. La realidad nos muestra que el libre mercado sin límites destruye la economía social de mercado. Así como la socie-

dad de clases hizo fracasar la utopía democrática, en la actualidad la sociedad consumista de masas aparentemente neutraliza todos los conflictos y se fuga en la ausencia del sujeto, en una sociedad de objetos que no requiere ni del mercado ni de la democracia. Destruye al mercado concebido como el lugar de mediación de intereses entre naturaleza y sociedad. Esta es una forma de renuncia a la esperanza de solución de los conflictos de la historia, se suspende la causalidad y la lógica y la posibilidad de ordenar racionalmente el contexto de un mundo que no es comprendido y que sólo quiere ser vivenciado. De tal modo, puede decirse que la mundialización de la economía no ha traído la riqueza universal ni la democratización de su imperio. El individuo cansado de andar por caminos falsos se orienta por el de la regresión para resolverse en un mundo alucinado que aún no atina hacia donde dirigir sus pasos, lo cual le impide elaborar vivencias propias y ser sujeto ubicado y consciente dentro de un tiempo (Cfr. Kurnitzky, H., 1994).

Ante este espectáculo de desolación y de incertidumbre, de falta de caminos hacia donde dirigir u orientar un rumbo más promisorio para los seres humanos y llegar a puertos seguros, dónde el futuro ya no existe, ni el sujeto, ni la historia, la pregunta obligada es ¿qué quedó de la modernidad en la mundialización del mundo, y si lo que quedó es recuperable? más aún, ¿de

qué forma se inserta América Latina y los países en vías de desarrollo en esta mundialización? ¿tienen posibilidades todavía nuestros países o ya se les pasó el tiempo y quedarán condenados a producir excedente humano sobrante y prescindible? ¿dónde quedaron los proyectos de liberación y de democratización? El primer problema es el cómo insertarse en la globalidad sin dejar de ser «nosotros», cómo recuperar la dignidad humana y ponernos en vías de la liberación. La homogeneización de la Otredad trae consigo el que ninguno de los sujetos son *yo*s individuales ni tampoco nosotros, como escribe Terry Eagleton, esto implica una perspectiva autocéntrica como la del más desacreditado sujeto *humanista*. Si el «otro» es reducir a ser cualquier cosa que desbarata mi identidad ¿es esto un movimiento humildemente descentrador o una autocontemplación? Y si el mundo está agujereado igual que el yo, como un sujeto fracturado que confronta una realidad ficcional, ¿es este un sujeto tan humilde como aparece si se ha asegurado que ya no existe afuera ninguna realidad obstinada que se resista? (Eagleton, T. 1997. pp 135-136). La situación que se vive es que el mundo se ha mundializado, el planeta ha dejado de ser una figura astronómica para adquirir plenamente su significación histórica. Es desde aquí, precisamente, donde nace el encanto y el susto, la impresión de que se han roto los modos de ser, sentir, actuar, pensar e incluso, de fabular.

En el declinar del siglo XX América Latina no resolvió sus problemas elementales y sí crecieron considerablemente algunos, como la pobreza, la miseria, la marginación, la injusticia social y política. Nuestra América no alcanzó el tan aspirado desarrollo y sí se profundizaron las desigualdades sociales y económicas. La globalización y tecnificación de las relaciones sociales y económicas se universalizaron, como también el proceso de desarrollo extensivo, que se ha dado en llamar «capitalismo-mundo», se generalizó la realidad formal y real inherente al mercado, a la empresa, al aparato estatal, al capital, a la administración de las cosas y de las gentes, de las ideas. En este vasto espacio de la razón instrumental el individuo aparece como un adjetivo más que como sujeto. La razón ha sido rebajada a racionalidad funcional, puesta al servicio del proceso de valoración del dinero. Así, lo universal de la razón occidental se muestra como un mero reflejo de la abstracción real y objetiva del dinero.

En esta mundialización una gran mayoría de los latinoamericanos van a quedar al margen de ella y de sus procesos, en la medida de que no son competitivos y porque carecen de la capacitación técnico-científico-cibernética ya no podrán integrarse. Por otro lado, no obstante que se potencia la interdependencia entre las naciones, desde supuestos de igualdad y autonomía, las naciones centrales determinan las políticas

económico-productivas, ya que las unidades que estructuran la política mundial siguen siendo esas mismas potencias y son sólo ellas las que establecen el «orden mundial», organizan y mantienen coaliciones y están presentes en todas las partes del globo. Este espacio-temporal juegan un papel relevante los medios masivos de comunicación, los que penetran e influyen, no sólo en los países altamente industrializados, sino también en los atrasados, los que al igual que toda actividad humana de la actualidad, están regidos y determinados por las iniciativas del mercado global, en la medida que éste ahora regula las relaciones entre los pueblos, las naciones y las culturas, impone los modelos de comunicación y dinamiza sus redes. El mundo está viviendo un proceso expansivo y de fragmentación a todos los niveles y planos. En esta «borrachera» imparable es urgente y necesario buscar las formas de incorporar a las naciones latinoamericanas con ventajas y beneficios para todos sus habitantes (Cfr. Ianni, O., 1996 y Martín Barbero, J. 1995). Sin embargo, en este espectáculo la modernidad no concluida demanda aún la realización de la antigua utopía de los seres humanos, aún no cumplida, como la del ejercicio de la libertad e igualdad de todos; la afirmación de los derechos humanos, antiguos programas del cristianismo y de la Ilustración. Esto quiere decir, que permanece válida la urgente necesidad de luchar por la defensa de los derechos humanos opuesta a to-

das las formas de racismo, de marginación, de explotación, opresión y miseria. La libertad como la igualdad no tiene límites étnicos ni religiosos. La concepción de igualdad aquí apuntada requiere, necesariamente, de justicia social. Esta igualdad sólo se puede realizar cuando la sociedad política limite las relaciones del mercado, para que los poderosos no conviertan en «esclavos» a los débiles y no se imponga la ley del más fuerte. En otras palabras, la justicia social requiere de formas económicas transparentes controladas por la sociedad. Esto implica democratizar la sociedad en todos sus niveles y cuestiones, clave que debe llevar a una justicia igualitaria.

En este horizonte diríamos (aunque lo que digamos quizá esté pasado de moda), que la dialéctica es la dinámica de la modernidad (entendida como diálogo y como proceso histórico), porque la modernidad se afirma y reafirma en la negación, porque ésta prospera con los conflictos internos. La modernidad es un proyecto, como dice Habermas, «inacabado», más aun, añadiríamos que «... el proyecto nunca se acabará, porque acabarlo significa matarlo. La modernidad... puede asumir variaciones prácticamente infinitas al igual que la premodernidad, pero su dinámica las incluyen a todas in nuce...» (Heller, Á. y Fehér, F., 1994, p 139). En este sentido la modernidad adquiere un carácter pendular no cíclico, ni tampoco circular, para cruzar a través de zonas nuevas, porque no existe una solución

final ni única que excluya para siempre el viajar de nuevo en la dirección contraria o diferente, y esto es lo que en la actualidad está aconteciendo en el mundo. ●

## **EL DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA: LATINOAMERICANISMO Y GLOBALIZACIÓN**

Las medidas de desarrollo implantadas en América Latina desde los años sesentas, si las consideramos en su conjunto, fueron un fracaso, porque no se hizo socialista como la utópica Cuba, pero tampoco alcanzó el desarrollo. Las teorías desarrollistas que se implantaron en esos años se usaron con fines de política económica a largo plazo. La consigna y su práctica, de «primero desarrollarnos y lograr la riqueza», para posteriormente repartirla, fue más bien una retórica del discurso político, un mecanismo domesticador y mitificador dirigido al control la regulación de las sociedades latinoamericanas.

Las teorías de la dependencia de finales de los sesentas fueron aspectos complementarios que buscaron otras alternativas para el desarrollo. Su mayor debilidad estuvo signada por la dependencia teórica de las mismas y algunas de sus formulaciones vertebrales, como la relación Centro/Periferia y su noción de causalidad excluyente externa, la cual invalidó muchos de los análisis y de los pronósticos. En la actualidad nos encontramos en una situación muy especial. La caída de los mitos despeja el camino para poder enfrentarnos con los fenómenos recurrentes de los cuales ninguna teoría hasta hoy ha dado cuenta.

Marginación y dependencia ocultan en sus entrañas un fenómeno insuficientemente explicado: el de la explotación. En este camino de análisis, algunas opinan que las poblaciones latinoamericanas ya no sirven para ser explotadas. Constituyen un lastre, una carga inútil y eliminable. Durante largo tiempo se señaló que la industrialización era la solución de todos nuestros males. América Latina, para algunos empresarios e inversionistas nacionales e internacionales, ya ni siquiera tiene reservado el lugar que Hegel le diera: «el del país del porvenir».

En los noventa se nos plantea la necesidad de retornar a una línea de análisis abonada en nombre de la ciencia y de la «objetividad», sustituida por una postura ideológica que busca ocultar las realidades vividas por nuestros pueblos. Empero, debemos situar nuestra evolución económica, social y cultural en el contexto mundial, estudiando las modalidades de inserción de los países latinoamericanos en el movimiento global, cuyas direcciones tenemos que descubrir para comprender las perspectivas económicas nacionales de desarrollo. Es aconsejable abandonar las tentativas de imitar modelos económicos, sociales, políticos y culturales de los centros de poder económico dominantes en el ámbito mundial, porque la realidad de estos países se explica en parte por nuestra realidad; representamos el otro rostro de la expansión occidental. En consecuencia, no es posible reducir las



realidades nacionales a la lógica de la economía mundial. Sin embargo, es imposible comprender la lógica local o nacional fuera del contexto de nuestra inserción en la economía mundial (Rozo, C. A., 1993).

Desde esta perspectiva podemos señalar algunos factores básicos que en cierta manera determinan nuestra relación económica y desarrollo con la economía mundial. Destacan la gran Revolución Científica y Técnica desde las grandes economías y empresas globales, que apunta hacia la necesidad de un proceso evolutivo de las fuerzas productivas, dirigida a la planeación y a la organización del gasto creciente en investigación, desarrollo, diseño, mercadotecnia; a mejorar las formas de calidad de la mano de obra, al mismo tiempo que libera a través de los sistemas productivos de automatización, el trabajo directamente productivo originando el tiempo libre creciente en la sociedad, lo que sin duda requiere prever consecuencias en los países altamente industrializados, como el desempleo, una mejor jornada de trabajo, el mayor tiempo libre y las formas y repercusiones para enfrentarlas en los subdesarrollados porque pueden ser de alcances inusitados y hasta catastróficos.

El proceso de globalización lleva a la internacionalización del sistema productivo y de los servicios, para concebir y derivar, que las relaciones entre las civilizaciones dejan de ser sólo problemas filosóficos y morales; de entelequias

inaprensibles para constituirse en necesidades prácticas cuya solución garantiza la supervivencia del género humano. La humanidad ha dejado de ser una abstracción y ahora es una realidad material, cotidiana y tangible.

La regionalización puede crear las condiciones para una sociedad mundial más participativa y cooperativa, a través de las integraciones regionales, pero al mismo tiempo, favorece el fraccionamiento de la economía mundial en grandes bloques, con mercados relativamente protegidos. Se advierte que en este proceso se tienden a generar poderes supraestatales y al mismo tiempo a forzar a los Estados-nacionales a aumentar su poder regulador sobre sus economías nacionales para que sirvan de intermediarios en la coordinación de las iniciativas regionales.

Es de hacer notar que la economía internacional dejó de ser el espacio libre de intercambio mercantil de producciones nacionales, para ser un espacio privilegiado de complementación de la producción y de la circulación, orientadas al consumo masivo. La complementación se caracteriza por su dinámica creciente de diferenciación-homogeneización y de las condiciones de la producción de mercancías y servicios, para alcanzar la reproducción social. La compatibilización de la competitividad internacional con la solución de los problemas sociales impone la necesidad de encontrar la manera como los mercados se combinan con otras instituciones «... para perseguir conjuntamente los objetivos de la efi-

ciencia económica en la asignación de recursos, de equidad y la necesidad social. La disyuntiva actual de desarrollo no se encuentra en el papel del Estado o en la capacidad de competir internacionalmente, sino en una opción sobre el tipo de capitalismo a escoger como disyuntiva de desarrollo social» ( Rozo, C.A., 1993).

Es evidente que, pese a los esfuerzos realizados, no pueden esperarse grandes resultados en los sectores científicos, tecnológicos, tampoco en la formación de ingenieros y técnicos, mientras la región no disponga del control de su economía y no le sea posible aplicar una política de desarrollo volcada hacia sus propias necesidades y busque los medios para crear y colocarse en una situación que haga factible la superación de la dependencia estructural, de las sobrevivientes oligarquías y clases dominantes nacionales y las secuelas de sus condición de subordinadas, antipopulares, antinacionales, de las fuertes concentraciones de la renta y de la propiedad, de las altas tasas de explotación del trabajo que desestimulan la inversión de los diversos sectores económicos y productivos. Solamente si se combinan las estructuras básicas del poder y de clase es posible modificar las prioridades de las políticas públicas y favorecer a la población por medio de alimentación básica, salud, vivienda, educación y capacitación para el trabajo, gestión de la economía y de la vida política nacional. Sin embargo, la realidad es otra.

Es necesario destacar que las unidades de producción contemporáneas, según los análisis de economistas y científicos sociales, están conformadas por complejos sistemas productivos, que desde tiempo atrás integran el financiamiento de investigación y desarrollo con el planteamiento y el diseño de las metas de producción, divididas en unidades incorporadas a los diferentes sectores del sistema económico. La división del trabajo en sus ramas industriales requiere unidades de producción y servicio, del montaje del producto final y su colocación en el mercado a través del mercadeo, publicidad, distribución, ventas, etc. En este sistema complejo la producción manufacturera es cada vez más dependiente y se convierte en la fase de un proceso global comandado por la investigación y el desarrollo, por las estrategias centrales, por los centros de financiamiento internacional, de producción y venta. Especializarse puede ser el peor camino que nos lleve a reproducir de manera profundamente marginal y excluyente, las relaciones de dependencia estructural, lo cual significa perder el control del proceso productivo interno y restringirlo a su parte menos moderna y menos generadora de empleo y, consecuentemente, reforzador de la marginalidad social, el desempleo, el subempleo. La revolución científica-tecnológica y su gran desarrollo automatizado van destruyendo poco a poco la mayor parte de nuestras actividades directamente productivas, como son el

empleo agrícola e industrial, para abrir una nueva fuente de empleo en los sectores indirectos de la producción dentro de los que destacan la comunicación, la educación, la investigación, el desarrollo, la administración, los servicios sociales y el turismo, entre muchos otros.

Nuestra apuesta, si debemos especializarnos en una producción manufacturera bien localizada y definida por el mercado mundial, es que tenemos que integrar las economías nacionales, promover la educación y la modernización de los trabajadores urbanos y rurales, incluidos los grupos marginales. Desarrollar una infraestructura de investigación y desarrollo, buscar explotar las posibilidades de nuevas tecnologías que puedan competir internacionalmente. De no ser así, estamos condenados a la desesperanza. De otra forma, el contacto de nuestros trabajadores marginados, explotados, analfabetos, desnutridos, desempleados, subempleados, con los grandes medios de comunicación sólo puede producir anomia, violencia social, disgregación cultural y criminalidad. ¿Visión catastrofista? juzguen ustedes mismos.

## LATINOAMÉRICA Y LA GLOBALIZACIÓN

Hacia al final de la década de los ochenta la controversia sobre la posmodernidad ha genera-

do en Latinoamérica una diversidad de reacciones a favor y en contra. De aquellos que defienden su posición moderna, de los que se siente o se ubican como premodernos, otros que se sienten posmodernos, etc. En toda esta gama de posiciones teórico-filosóficas se encuentran los que están de acuerdo con la muerte de las utopías y aquellos que vieron la posibilidad de revitalizar el análisis crítico de los viejos problemas, hasta llegar a los más grandes detractores, que no dudan en calificar a lo posmoderno como una nueva forma de penetración neoimperial.

Diez años después se puede observar una reacción muy parecida de los intelectuales y los académicos latinoamericanos frente los debates que de nueva cuenta agitan el mundo Latinoamérica: la globalización y la poscolonialidad. De lo que sí estamos claros es sobre la pasión que asumen los diversos teóricos de los diferentes bandos. En todo esto, según podemos observar, está el sentido de *América Latina*, en un momento histórico donde las diversas pertenencias culturales de origen nacional de raíz tradicional han sido puestas en duda y empujadas hacia los márgenes de sus identidades y abriéndolas a los valores transnacionales y postradicionales.

Una de las primeras preguntas que requiere ser contestada es aquella referida a lo que se entiende por globalización y por poscolonialidad y su relevancia para la discusión sobre la *identidad latinoamericana*. Hace ya casi un siglo que el

uruguayo José Enrique Rodó escribió su libro clásico de Ariel. Su pretensión era influir en las juventudes latinoamericanas para que pudieran hacer la diferenciación cultural de América Latina de la cultura norteamericana. Ariel es la contraposición de dos identidades inconmensurable: la de los latinos y la de los sajones. Se trata, según pensaba Rodó, de dos *espíritus* distintos; de dos formas de vida y de convivencia que heredan valores y tradiciones muy diferentes: los sajones y los latinos son herederos de la civilización grecorrománica, pero mientras que los sajones americanos la reciben de la herencia protestante, América Latina la recibe a través del humanismo latino-católico que se desarrolló en las zonas del Mediterráneo Europeo como: España, Portugal, Francia e Italia. Donde existe una gran preponderancia de España, lo cual explica el por qué de la religión, la lengua, la moral y el pensamiento de estos dos grupos humanos, el por qué adquieren un carácter tan opuesto. Rodó considera que la principal diferencia cultural entre ellos, es la valoración que da uno y otro, para decirlo en términos de Adorno, a la racionalidad técnico instrumental. Mientras que los valores supremos en los sajones son el trabajo, el ahorro, el culto a las promesas redentoras del industrialismo y del mercantilismo; los valores de la cultura latina están encaminados a la estética, a la solidaridad, a la generosidad y el sacrificio. Los primeros personifican la figura

shakesperiana de Calibán, los segundos representa al ser alado de Ariel. Calibán es el ejemplo de la vulgaridad y el pragmatismo, Ariel el de la idealidad, de la espiritualidad y de la fineza. En ese mismo orden, unos le dan más importancia al tener y a la sociedad, los otros, al ser y a la comunidad. (Cfr. Rodó, J.E., 1970).

En los umbrales del siglo XXI y del inicio del tercer Milenio, y a casi un siglo después de la publicación de Ariel, el fenómeno de la globalización ha originado nuevas formas culturales que requieren de revisar los imaginarios construidos por Rodó. Lo cual nos obligan a interrogarnos sobre si ¿la globalización no será una moda pasajera, si no es acaso una palabra vacía de contenido? ¿Por qué razones se nos viene a decir que la globalización exige un cambio radical de representaciones culturales que Latinoamérica ha generado sobre sí misma? ¿No estaremos frente a un nuevo cambio de estrategia ideológica proveniente de los países imperialista, en un afán de legitimar el nuevo orden económico internacional que responde a sus propios intereses? Es sin lugar a dudas, que tales objeciones tiene una gran fuerza, sin embargo, el análisis no es tan simple. Pese a su carácter un tanto nebuloso y caleidoscópico, se dan procesos muy complejos de orden planetario que están generando transformaciones no sólo cuantitativas en el campo económico y de la racionalización técnica-institucional, sino que también son cualitativas

en el orden de la reproducción cultural. Estos cambios han desencadenado un gran debate en torno al latinoamericanismo, es decir, en torno a las categorías histórico-culturales con las que se había venido pensando en América Latina en el siglo XIX.

La globalización es una nueva forma de producción de riqueza. No implica meramente un fenómeno casual después de la caída del muro de Berlín y el colapso del imperialismo soviético y menos aún, como se pensó, del fin de la política y el nacimiento de una era situada más allá del socialismo y del capitalismo, de las utopías y de la emancipación. La década de los noventa nos muestra que la globalización está omnipresente en toda las esferas públicas, pero no apunta precisamente al fin de la política, sino, más bien a la salida de lo político del marco categorial del Estado-nacional y del sistema de los roles de uso, de lo que se ha dado en llamar el *quehacer político* y lo *no político*. Independientemente de lo que esto pueda apuntar en cuanto al contenido, la nueva retórica de la globalización económica, de los mercados, de la competencia del trabajo, de la producción, de la prestación de servicios, de las distintas corrientes en el ámbito de las finanzas, de la información y de la vida en general, saltan a la vista las importantes consecuencias políticas de la escenificación del riesgo de la globalización económica, lo cual hace posible afirmar que instituciones industriales que

parecían completamente cerradas *estallen* y se tengan que abrir al discurso político. (Cfr. Beck, U. 1998a y 1998b).

La globalización, no obstante lo que la palabra en sí misma pueda significar, es eminentemente un fenómeno tecnológico que permea a la cultura, las relaciones sociales y en general, las formas de como las sociedades funcionan. A esto bien podría agregarse, que es un proceso en la nueva estrategia de la expansión capitalista que afecta, especialmente a las personas y no sólo a la riqueza material.

Por ello podemos decir que la globalización es un capítulo nuevo del desarrollo histórico del capitalismo, que a través del tiempo avanzó paulatinamente hacia allí, casi desde los momentos en que surge en el proceso inevitable de su historia.

Globalizar de ningún modo significa, en la terminología neoimperialista, integrar, menos humanizar o revalorizar las prácticas económicas, sociales, políticas y culturales de los pueblos, en una nueva etapa de su desarrollo. Significa todo lo contrario: significa desintegrar las economías nacionales, para que se incorporen por la fuerza de la competencia en un nuevo tipo de mercado mundial. En este sentido la deshumanización es ineludible, porque los individuos buscan concentrar sus esfuerzos en el rendimiento, en la capacidad competitiva. Es posible afirmar que lo que la globalización nos ha enseñado

no es el valor de los seres humanos en cuanto lo que son, sino en relación con lo que producen. Es el triunfo indubitable de la mercancía sobre las personas. Por ello, hablar entonces del *fin de la historia* no es un asunto eminentemente filosófico o puramente académico, es por encima de todo, un problema humano que tiene relación con nuestra capacidad de aceptación, es el triunfo de las mercancías sobre las personas implica nuestra disposición a aceptar la nueva escala de valores que promueve la globalización, como son: la eficiencia, la eficacia, la competitividad, la calidad, productividad; tales son las virtudes de la nueva moral. Globalizar significa regionalizar, crear nuevos polos de poder en función de las inéditas necesidades del expansionismo capitalista. El movimiento pendular de éste desde el siglo XVIII, indica después de la Segunda Guerra Mundial, el poder de generar riqueza se desplaza otra vez hacia el pacífico, hacia la Europa noratlántica y los Estados Unidos de Norteamérica. Lo cual ha supuesto una nueva readequación de los mecanismos compulsivos del poder, para que la regionalización no violente la sensibilidad de los Estados-nacionales de los países del capitalismo avanzado. Aunque esto implique casi la extinción económica de los capitalismos en desarrollo, como los de América Latina y del resto de países antiguamente llamados del Tercer Mundo. En la práctica, éstos serán sólo consumidores y no precisamente productores.

res. La globalización pues, hacia América Latina, descansa sobre la base de un desarrollo insostenible y no tanto en su contrario, como algunos políticos y economistas pretenden afirmar, especialmente aquellos que se preocupan más por los objetos que por las personas.

Globalizar también significa el fomento de la creación de los nuevos instrumentos institucionales más autoritarios de los que pueda disponer una sociedad que busque lograr una productividad cada vez más eficiente de los mercados internacionales, sin importar las posibles consecuencias negativas nacionales que traiga consigo. Es decir, en América Latina se globaliza de afuera hacia adentro y no al contrario. De los países latinoamericanos sólo se espera que sus respuestas comerciales se adecuen a lo que acontece en el escenario mundial; jamás se puede esperar de ellos que las inventen. Es por esta razón que la contradicción vertebral de la globalización es tan evidente, en la medida de que su objetivo fundamental es impulsar la libertad de producir objetos de consumo sin discriminación, pero de patrones de productividad profundamente totalitarios, un totalitarismo que viene definido por la arrogancia de un mercado capitalista que duda en aplastar a aquel que se le oponga. El paliativo es la creación de zonas de libre comercio, como de alianzas comerciales que tiendan a beneficiar, en particular, a aquel que pone la tecnología y no a la fuerza de trabajo.

De esta manera, el énfasis del capitalismo neomperial ha sido puesto sobre la producción de los objetos, y aquí incluiríamos al conocimiento y a los medios de comunicación, que han terminado cosificados de modo irreversible.

Para los Estados Unidos esta reestructuración internacional significó, entre otros aspectos, tomar conciencia de que sus mercados naturales eran los países latinoamericanos. El problema consistía en darse cuenta de que de los cerca de 500 millones de latinoamericanos, las casi dos terceras partes de ellos se encuentran incapacitadas para comprar lo que ellos venden. El Tratado de Libre Comercio, por ejemplo, formado entre Canadá, Estados Unidos y México, le abrió a los Estados Unidos caminos más eficaces de presión sobre la *hipermodernización* capitalista de naciones como México, Brasil, Argentina y Chile. La lógica financiera indicaba que a los países del capitalismo superdesarrollado debería corresponder *megamercados*, o sea, no tanto mercados de nuevas y grandes proporciones, sino de poderosa capacidad de compra, pero la realidad nos muestra otra situación. Si la modernidad decimonónica en Latinoamérica, vista a la manera weberiana, ni siquiera se anunció en algunos países, ¿cómo pedirles entonces que actúen hoy como consumidores posmodernos? Creo que en este sentido el narcotráfico viene a ser el puente construido desde el capitalismo superdesarrollado, para que países como Colombia,

Perú, Bolivia, México y ahora la zona del Caribe salten a la *posmodernidad económica* olvidándose de la modernidad inconclusa. La situación para algunos grupos sociales en América Latina es sentirse megaconsumidores en un mundo de microproductores.

Lo anterior nos permite afirmar que quienes están realmente globalizados son los cárteles de la droga. Y que al capitalismo desarrollado esto le resulta beneficioso, pues no obstante la doble moral en que se mueve, las ventas de desperdicios militares tienen una demanda como nunca antes. No debemos olvidar algo de gran relevancia para el mismo propósito de análisis, como es que la supuesta conclusión de la guerra fría y su siniestra silueta nuclear, abrió paso a los nacionalismos y a las xenofobias más feroces; por lo tanto las guerras y los armamentos convencionales han vuelto a ser un tema de atención. Los grandes abastecedores de armamentos de ayer, son hoy los grandes socios de los capos de la droga en diferentes partes del planeta.

Por lo tanto, la globalización no es sólo un asunto financiero o económico, es también moral, tiene mucha relación con los aspectos humanos; se trata de una nueva estrategia del capitalismo que deja intactos los viejos elementos del imperialismo como aquel de obligar a la gente a consumir lo que no necesita. Es una forma de dominio que se adapta pero no abandona sus delirios totalitarios más preciados. (Chomsky, N. 1997 y González Casanova, P. 1998).

No quedaría completa esta imagen de la globalización si no mencionáramos su carácter asimétrico y sería iluso pensar que la *desterritorialización* de las economías, de los imaginarios y de las identidades obedece a una dinámica igualitaria o por lo menos, democrática. El sueño neoliberal de que la libertad económica conduciría necesariamente a la libertad social y política se nos revela a millones de personas en todo el mundo como una pesadilla. Lo que para unos es libertad de elección, movilización y consumo, para otros es la sentencia de vivir en las condiciones más elementales de sobrevivencia física. La globalización por un lado deslocaliza y por el otro relocaliza; pero este proceso presupone la construcción de nuevas jerarquías de poder. En el fondo se trata de una nueva repartición de privilegios y de exclusiones; de posibilidades y de desesperanzas; de libertades y de *esclavitudes*. Lo más dramático y novedoso de esta estratificación global, está en que los vínculos entre la pobreza y la riqueza se transforman radicalmente. Si durante siglos las relaciones asimétricas de poder estaban organizadas de tal manera que los ricos necesitaban de los pobres, así fuera para *salvar su alma* mediante obras de caridad, o ya fuera para explotarlos a través del trabajo y aumentar de este modo su riqueza, en los tiempos actuales de la globalización, los pobres han dejado de ser necesarios. En la actualidad las riquezas aumentan y el capital se acumula sin la necesidad del trabajo de los pobres, lo que condu-

ce a una situación paradójica donde los dos mundos se encuentran más cerca y a la vez más lejos que nunca. Los pobres están más próximos a los ricos que antes, pues tienen acceso virtual a los símbolos de la libertad y del consumo, escenificados por los mass media; empero, sus posibilidades de poder tocarlos con la mano son cada vez menores. Los ricos, a su vez, también se encuentran más cerca de los pobres que antes, porque el zapping les da la posibilidad de presenciar virtualmente la miseria del mundo en su propia casa; pero su riqueza ya no depende de que el pobre, aunque siga siendo pobre, reproduzca por lo menos su fuerza de trabajo. Así, de este modo, como el pobre ya no le resulta útil para nada, éste reconsidera terminada su responsabilidad social. Es el fin de la sociedad del trabajo y de la dialéctica hegeliana del *amo y del esclavo*. (Cfr. Hegel, G. W. F. 1961).

Para concluir este apartado diríamos que la globalización es una nueva modo de producción de la riqueza, pero también y de forma concomitante, de producción y escenificación de la pobreza.

### **DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA Y NUEVO ●ORDEN MUNDIAL**

La cristalización de un nuevo orden mundial obliga a la necesidad de renovar el pensamiento político que afirme el compromiso con la democracia en la lucha por la igualdad social.



Algunas de las características del nuevo orden empiezan a perfilarse de forma relevante. Dentro de ellas se puede señalar la obsolescencia de una política de alienación automática que colocaba a través, de las posiciones ideológico-políticas, a los amigos y a los enemigos, lo que desencadenaba los criterios y las relaciones económico-comerciales con los países y los bloques; la emergencia y el resurgimiento de conflictos étnico-culturales que conforma cuadros de choque de civilizaciones; la increíble sofisticación científica y técnica con la globalización de la economía; los Estados-nación se transforman, no para desaparecer, sino más bien para adecuarse a las nuevas exigencias, dentro de las que son de destacarse la competitividad en el ámbito internacional y la meteórica evolución de la eficacia del trabajo, estimulada, en especial, por las nuevas formas de gestión empresarial y las tecnologías. Desde este horizonte disminuye notablemente la importancia estratégica del proletariado, al emerger nuevas mediaciones y segmentos sociales.

Un aspecto aún presente en el caso latinoamericano es la persistencia de un estado de dependencia económica y política, ya que ambas están coimplicadas con relación a los países centrales y muy especialmente, con los Estados Unidos de Norteamérica. Quiero advertir que aquí no se trata de retomar términos que hoy son obsoletos como el de dependencia, introdu-

cido en los años sesentas, particularmente por las izquierdas, motivados por las reflexiones que los sociólogos cepalinos como el actual presidente del Brasil, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Falleto, con su clásico libro *Desarrollo y dependencia en América Latina*, pero sí es importante destacar la actualidad de alguno de los temas de antes que siguen teniendo vigencia, como la noción de soberanía, la de la eficacia estatal y la de exclusión social.

El gran desarrollo científico y tecnológico y los cambios producidos por éste en las relaciones de capital/trabajo recolocaron en la agenda mundial los problemas de la desigualdad y del desempleo reconocidos como estructurales. En las décadas pasadas el Welfare state fue capaz de enfrentarlos a través de la competencia, pero en el presente el problema adquiere proporciones que son explosivas, tanto en los países centrales como en los periféricos y en aquellos que intenta vivir la experiencia del desarrollo.

Este mundo que se transforma con rapidez puede ser mirado, por un lado, como apegándose a las reminiscencias del pasado, y por el otro, enfrentándolo, buscando transformarlo y confrontar los desafíos del futuro. La perturbación que corresponde a este momento, consiste en la persistente lucha por la igualdad social, como ideal y como juicio de valor. El ascenso del neoliberalismo a partir de la era Reagan-Thatcher conformó un cuadro político e ideológico muy

desfavorable. Empero conviene investigar cómo una ideología que fundamenta y practica las desigualdades económicas y sociales puede volverse hegemónica en condiciones tan relativamente tranquilas, sin ninguna oposición a su altura.

Los grupos políticos liberales y especialmente las izquierdas quedaron prisioneros de paradigmas obsoletos e insostenibles, no advirtieron la profundidad de las transformaciones que estaban dándose. Particularmente las izquierdas aceptaron la propaganda doctrinaria frente a la cual no asumieron una posición propositiva. Dejaron de enarbolar las banderas de la modernidad transformadora permitiendo que la ideología neoliberal realizara la tarea de legitimación de una modernización conservadora. En el campo político quedaron desvinculados de la lucha por las libertades civiles e individuales y cayeron en una esclerosis de su matriz teórica que las llevó al estatismo y al atraso.

En el horizonte presente conviene insistir en la lucha por la democracia. Por encima de grupos y partidos de distinto origen político, es necesario reconocer la importancia de los derechos civiles e individuales en el marco de la realidad económico-social de los países. Esto requiere de la necesidad de luchar y defender la democracia, porque ella no puede ser, no es el resultado de una concesión, sino de las luchas sociales y políticas para lograrla. El ejercicio democrático abre espacio de participación y decisión cada vez más amplios a las mayorías.

Repensar la democracia requiere del establecimiento de una superación de las tradiciones esclerosadas, sólo así podemos realizar las transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales que deben incidir en la práctica de la vida cotidiana de los seres humanos. Reconocer y aceptar que la democracia no es un régimen perfecto inmune a las extravagancias de los hombres concretos, ya que, como producto humano, está sujeta a múltiples interacciones positivas y negativas.

La democracia puede y debe ser ampliada involucrando al Estado y a la sociedad civil. En la inteligencia de que la democracia se amplía en la medida que los individuos participan cada vez más en las decisiones que les conciernen, sin que por ello se contradiga el hecho de que existen diferentes intermediaciones entre deliberantes y deliberados. Esto permite asumir una posición relativa y sincera de la democracia con el pluralismo y la tolerancia. Contra la definición conceptual entre ambas, una democracia verdadera sólo podrá ser pluralista si comparte el poder, es decir, si se desconcentra el monopolio del ejercicio del poder. En otras palabras, la democracia podría existir si presupone el disenso y la expectativa de alternancia en el poder político.

## GLOBALIDAD, NEOLIBERALISMO Y DEMOCRATIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA

La década de los ochenta del siglo XX, colocó nuevos temas en la agenda de las ciencias sociales. El cambio de la realidad política en varios países de América del Sur puso de manifiesto fenómenos que habían sido relegados en los últimos años, como aquellos sobre “los nuevos actores políticos y sociales”; “la importancia de la vida cotidiana como el espacio de convivencia”; “la revaloración de las pequeñas utopías en la vida política”. Habían quedado atrás los opresivos temas de los setenta, marcados por la existencia de un autoritarismo burocrático omnipotente, los diagnósticos de la imposibilidad democrática basados en una ineluctable determinación económica y la reducción de la política al ámbito casi secreto y muy restringido a las instituciones castrenses y de sus apoyos civiles. Paralelamente la supuesta crisis de las grandes utopías que precedieron al retroceso autoritario coincidió en las disciplinas de las ciencias sociales y de las humanidades, con el resquebrajamiento de las certidumbres y de los paradigmas. Paradigmas que se había roto cuando se trató de explicar e imaginar una nueva realidad en la cual los retos tenían por nombre política y democracia, de los grandes olvidados de la década anterior. Además

que el desarrollo de ambos no parecía propiciado por una situación económica de austeridad y de restricción en el gasto público de los gobiernos endeudados.

Dentro de este contexto hay que situar los esfuerzos analíticos que se llevaron a cabo para volver a pensar la relación entre la política y otras esferas de la acción humana, pero, sobre todo, para reflexionar sobre las condiciones institucionales y procedimientos de una convivencia democrática.

Se hacía presente, como empujada por las circunstancias históricas y sociales, la transición a la democracia. Aparecía de nueva cuenta un término que era necesario acotarlo de alguna manera para saber de que se habla cuando ponemos a consideración dicho término.

De esta manera se originaría una disciplina que Philippe Schmitter le dio el nombre de *transitología*, o la ciencia o el arte de la democratización. Fue Nicolás Maquiavelo, según este autor, quien le dio su principal fundamento a la disciplina: la incertidumbre, a la vez que formuló la más importante de sus máximas: no hay nada más difícil de ejecutar, ni más dudoso de tener éxito, ni más peligros de administrar, que introducir un sistema nuevo de cosas: ya que aquel que lo introduce tiene a todos aquéllos que se benefician del viejo sistema, como sus enemigos y sólo tiene como aliados tibios a todos aquellos que pueden beneficiarse del nuevo sistema.

Para ir de la transición a la consolidación se requiere de ciertas condiciones que fundamente al régimen. Por lo menos desde Platón, Aristóteles los teóricos han buscado la forma de explicar, porqué bajo la superficie de los eventos, sobreviven los patrones estables de autoridad y de privilegio<sup>1</sup>.

De este modo se dan grandes tensiones en la transición y la consolidación democrática, lo cual sugieren posibles contradicciones entre las etapas del proceso de cambio de un régimen y las teorías políticas que tratan de explicarlas. Así las condiciones permisibles que propiciaron la reducción y dominio de la incertidumbre de la transición, se pueden volver condiciones limitantes que impiden que la consolidación sea más difícil, o no se logre.

En la concepción política de Schmitter, la relación entre la transitología y la consolidación de la democracia, plantea una serie de reflexiones, dilemas, contradicciones, avances, retroceso e incertidumbres. Basándose en los estudios empíricos de la democratización en Europa del Sur y Sudamérica lo llevan a afirmar que las transiciones pueden hacerse.

° *Sin violencia o sin la eliminación física de los protagonistas de la autocracia anterior...*

<sup>1</sup> Cfr., Schmitter, Philippe C., "Transitología: la Ciencia o el Arte de la Democratización", *Arenas, Revista Sinaloense de Ciencias Sociales*, Primera Época, No. 2, abril-septiembre, 1997, México, pp 13-14-15.

° *Sin una gran movilización popular que ocasione la caída del régimen anterior y determine el período de la transición.* Sin embargo, una vez que la transición ha comenzado... una explosión de participación de masas a menudo resucita a una sociedad civil inactiva o reprimida...

° *Sin haber dependido de un alto nivel de desarrollo económico.* Se puede afirmar que la democratización tiende a provocar, por lo menos, una caída momentánea en la tasa de crecimiento económico... Sin embargo, a largo plazo estas libertades de acción y pensamiento son indispensables para el crecimiento sostenido.

° *Sin efectuar una redistribución sustancial del ingreso o de la riqueza.* La mayoría de los ciudadanos de las neodemocracias parecen no abrigar ilusiones acerca de las alternativas del capitalismo basadas en la igualdad radical. Por lo tanto ha mostrado una tolerancia sorprendente ante las desigualdades existentes...

° *Sin la existencia previa de una burguesía nacional.* La burguesía existente no sólo ha estado vagamente a la vanguardia de la lucha por la democracia contemporánea, sino que también se ha contaminado por su estrecha asociación con la autocracia anterior. Con el surgimiento de un capital internacional sumamente móvil, tecnología y habilidades administrativas, ya no es tan claro como antes que el desarrollo depende de un grupo dinámico de emprendedores nativos.

° *Sin cultura cívica...* cómo los individuos podían aprender normas o confianza mutua, to-

lerancia, compromiso y eficacia personal bajo un gobierno autocrático...

° *Sin un gran número de demócratas.* Una vez que los políticos aceptan competir bajo reglas específicas y prueban su disposición de continuar trabajando bajo estas reglas aún cuando hayan sido derrotados y una vez que los ciudadanos den su consentimiento a estas reglas y acepten la incertidumbre intrínseca de los resultados que produzcan, la base mínima de la democracia se ha establecido<sup>2</sup>.

Las ideas de la democratización o de la transición a la democracia han recorrido los debates en el subcontinente en los últimos años, los cuales adquieren distintos significados según las experiencias históricas particulares de cada uno de los países o de las subregiones. Por primera vez en la historia la casi totalidad de las naciones latinoamericanas, se encuentran en la actualidad bajo gobiernos civiles electos. Empero, con procesos democrático-políticos que difieren entre sí en cuanto sus características y sus avances, por lo tanto, no fácilmente comparables entre sí. En contraste con las oleadas de las transiciones, en estas dos últimas décadas, se dan en condiciones de crisis económicas que ni los regímenes militares fueron capaces de solucionar y menos aún, la deuda externa, ni la crisis de la acumulación. Es posible como, escribe Alain Touraine, que «la situación de crisis es más favorable a la demo-

<sup>2</sup> *Idem.*, pp 44-45-46 (subrayado del autor).

cracia, porque ni el Estado ni los autores sociales puedan imponer su lógica propia. Le deja al sistema político un papel central de intermediario<sup>3</sup>.

En América Latina se vivieron diversas experiencias con los procesos de democratización. Por un lado, países con continuidad democrática durante décadas y con regímenes más democráticos, como sería el caso de Costa Rica o más autoritarios como sería los casos de México, Venezuela y Colombia, los que han tenido décadas de gobiernos más o menos «democráticos».

Lo que continúa aún en algunos países latinoamericanos, no es la lucha por la conquista de la democracia formal, sino más bien, la democratización de regímenes con un alto grado de autoritarismo que obstruye la recuperación de la legitimidad democrática, sobre todo, cuando ésta ha sido precaria y existe una limitada institucionalidad democrática.

Por otra parte, encontramos en el Cono Sur países que después de haber pasado por un período militar han retornado a un régimen civil, donde antes existía una tradición cultural democrática que les sirvió de plataforma en los procesos de transición, como serían los casos de Chile y Uruguay. Por último, existen países como El Salvador, Guatemala, Honduras y Haití que nunca han tenido una tradición democrática, ni experiencias tampoco populistas o socialdemocrá-

ticas, lo cual complica aún más el proceso de transición. En estos casos, no se trata de democratizar el Estado, ni de regresar a instituciones políticas-democráticas, porque las relaciones sociales en estas sociedades tiene una profunda raíz autoritaria.

Lo autoritario que se intenta superar no es solamente una estructura política, sino una manera de ser de toda la sociedad y su sistema de dominación incluido... Si lo autoritario tiene un carácter orgánico, su sustitución no corresponde simplemente a una crisis coyuntural política, sino a un largo proceso de luchas que en Centroamérica se asocian a la crisis del orden oligárquico y a las batallas políticas por su modificación<sup>4</sup>.

Otros países como el Brasil, Perú y Bolivia presentan combinaciones de los tipos de las experiencias señaladas. La noción de transición a la democracia tiene como supuesto que el pasado de un régimen autoritario a un democrático, no siempre se ha dado por la vía de la derrota del primero, sino como una consecuencia de pactos y negociaciones entre las fuerzas democráticas y las fuerzas del régimen<sup>5</sup>. La transición pues tiene lugar cuando no se logra una derrota

<sup>3</sup> Torres Rivas, Edelberto, "Centroamérica: la Transición Autoritaria Hacia la Democracia". *Revista de Estudios Políticos*, No. 74, octubre-diciembre, 1991, España, p 432.

<sup>5</sup> Cfr., Linz, Juan J., "Transiciones a la Democracia", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, No. 51, julio-septiembre de 1990.

<sup>3</sup> Touraine, Alain, *América Latina. Política y Sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, p 428.

política directa y abierta de las dictaduras y sólo se pasa a establecer un régimen político distinto.

La posibilidad de negociar la transición democrática que condujera a la instauración de un gobierno civil en nuestros países condujo a profundos dilemas éticos, políticos y teóricos. Juan Linz, en 1990, planteaba algunos aspectos que ampliarían, un tanto en contra, de lo arriba señalado.

Las transiciones desde el autoritarismo a la democracia tienden a iniciarse cuando los líderes del régimen autoritario empiezan a considerar la posibilidad de una reforma que conduzca a alguna forma de democracia política. La oposición al régimen autoritario favorecen en principio una ruptura, un corte con las disposiciones institucionales existentes, un cambio no controlado por los que, en una u otra medida, tenían algo que ver con el régimen previo e incluso sin su participación. Llevados por la indignación moral, les gustaría ver a aquellos que han tenido parte en el poder, privados si no formalmente de derechos políticos y acceso a los cargos públicos, sí de toda oportunidad de participar en el proceso. Estas posiciones, en principio, son irreconciliables y, a menos que los partidarios de la ruptura logren el apoyo de un sector importante de las fuerzas armadas o sean capaces de movilizar al pueblo para el derrocamiento violento del régimen, parece improbable que los que están en el poder accedan libremente a abdicar y a dejarles espacio. La estrategia de una rup-

tura clara es visible sólo en una situación revolucionaria o potencialmente revolucionaria<sup>6</sup>.

El cambio forma parte substantiva en la vida política y difícilmente puede ser considerada como algo separado del fenómeno social. Una teoría del cambio político también exige una clara definición previa del concepto, o por exclusión de su contrario, como la estabilidad o la continuidad política, empero, ninguna de estas cosas tiene una definición unívoca, un mismo fenómeno puede considerarse desde distintas perspectivas de la política: como cambio o como continuidad. El cambio se gesta en la sociedad, y el político aparece como un epifenómeno de ella. Por lo tanto, la innovación política es muchas veces más aparente que real y si no cuenta con sólidos cimientos sociales está condenada al fracaso.

Se ha manejado la tesis de que la primacía de la sociedad civil da cuenta de por qué fue posible la transición, a la vez que se afirma la superioridad cualitativa de lo social frente a lo político. Sin embargo, la democracia está llena de incertidumbres, de curso indeterminado y constantemente amenazada por la involución.

Las transiciones democráticas no se hacen en un vacío de anomia, sino apoyadas y trabadas en la sociedad civil, por ello la pretensión de llevar a un primer plano el liderazgo político o la negociación entre las élites, argumentando la descom-

<sup>6</sup> *Idem.*, p 19.

posición institucional, es totalmente infundada. La sustantividad de la política se ha constituido sobre la nada social, es decir, sobre la ausencia de vínculos entre los hombres, por medio de lo cual se busca justificar la radical necesidad de un artificio capaz de «ordenar» el caos. Es también el margen imprevisible de la contingencia preñada de posibilidades para una voluntad audaz y virtuosa, apareciendo la sociedad con un material moldeable. En la indeterminación y en el repertorio de alternativas surgidas en la transición, encuentra justificación el calificativo de «democracias inciertas». Sin embargo no existe tal incertidumbre, los anacronismos de las instituciones políticas es una consecuencia del empuje de una sociedad que apremia a los gobernantes para adecuarlas al signo de los tiempos. Por lo tanto, no son los dirigentes de los partidos quienes marcan las pautas de la transición; al contrario, es la sociedad quien les indica el camino a seguir, de tal manera que la culminación del proceso tendrá lugar sólo si los políticos están dispuestos a recibir las enseñanzas sedimentadas en la red de solidaridades, siendo sensibles a las tradiciones aquilatadas en la sociedad civil<sup>7</sup>.

Lo cual remite a una dimensión importante del comportamiento colectivo que diferencia de

manera radical el tratamiento concedido a la sociedad compendiada en dos términos expresivos: de *emergencia* y de *resurrección* de la sociedad civil. El primero nos remite a un itinerario que va de lo de abajo hacia arriba, como a la vez connota el sentido de aparición, pero no entendida ésta como algo repentino, sino de una salida paulatina, gradual y visible<sup>8</sup>.

Empero, como arriba se ha apuntado, las transiciones no siempre suceden de esta forma. En el caso, por ejemplo, de la América Latina, la sociedad civil muy pocas veces se hace presente en la historia de las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, la realidad social e histórica en la región de finales del siglo XX, muestra una mayor presencia y participación de éstas. Por eso no les falta razón a Guillermo O'Donnell y Schmitter cuando escriben que en las transiciones democráticas la sociedad civil resucita de su letargo, impulsada desde las élites o por determinados personajes con cualidades de liderazgo. Esto es un análisis pragmático, que se funda en el estudio y la observación directa y que se puede aplicar, en lo general, en todos los países de la América Latina. Agregan que a la resurrección de la sociedad civil, en una primera etapa de efervescencia popular, le sigue un período de cansancio, de repliegue en la privacidad o de "des-

<sup>7</sup> Zafra Víctor, Manuel, "Lecturas de la Transición". *Leviatán, Revista de Hechos e Ideas*, II Época, Madrid, No. 66, invierno de 1996, p. 118.

<sup>8</sup> Cfr., O'Donnell, Guillermo, "Debate: la Consolidación Democrática. Ilusiones Acerca de la Consolidación". *Arenas...*, No 2, ed. Cit. pp 117 a 141.



encanto”, por la traición a la pureza del ideal. Pero en un período posterior, la sociedad puede resucitar de nuevo. Durante algún tiempo, los individuos se sienten aliviados de ‘liberarse de la política’ y satisfechos por la posibilidad de perseguir metas inmediatas que los gratifiquen, tienden a replegarse en sus afanes privados y dejar de lado e ignorar prudentemente y aún olvidar, su identidad pública y política.

Las transiciones políticas latinoamericanas se presentan una vez que un gobierno autoritario quiere reducir el precio de la participación colectiva y de permitir algunos cuestionamientos en aspectos que antes habían sido declarados fuera de discusión. Las identidades previas vuelven a surgir y otras aparecen *ex novo*, lo cual amplía, más allá de las expectativas de los individuos, los espacios públicos que los gobernantes habían resuelto tolerar al inicio de la transición, lo cual pone a prueba los límites del comportamiento político inicialmente impuestas por el gobierno. Esto lleva al compartimiento mutuo de los individuos por ideales, los cuales logran adquirir una significación política, precisamente porque se articulan de manera pública, después de un prolongado período de prohibiciones, de privaciones y de privatización de la vida cotidiana. Estos gestos individuales en la primera etapa de transición tuvieron éxito porque revivieron las identificaciones y las acciones políticas y contribuyen a forjar otras identidades. Es el testimonio vivo

de la explosión de una sociedad airada que se repolitiza. En este proceso juegan un papel relevante algunas élites, pero, por lo común, se puede observar una participación comprometida de los artistas, de los intelectuales, actores, escritores, etc. Son ellos los primeros en oponerse a los regímenes autoritarios. En este respecto están de acuerdo O'Donnell y Schmitter cuando escribe:

Por lo común, los artistas e intelectuales son los primeros en manifestar su oposición pública al régimen autoritario, con frecuencia aún antes de iniciarse la transición. Sin duda, su capacidad para expresarse mediante metáforas indirectas los protege, como también su pertenencia a un sistema mundial «de facto» de intercambios culturales. El talento y el coraje de los poetas, músicos, dramaturgos, novelistas y comediantes comienzan a abrir brechas en la pretensión del régimen de encarar los «valores y virtudes nacionales supremos», a menudo volviendo ridícula esta pretensión y haciéndola objeto de sátira. Algunos artistas (en especial cantantes y actores) llegan a simbolizar, por su sola presencia, la resistencia al régimen y la supervivencia de otros valores. Con el aflojamiento de la censura que acompaña a la apertura política, estas críticas se vuelven explícitas y, gracias a la entusiasta aceptación del público, su expresión se torna inmensamente popular —y redituable, a punto tal que la oposición al autoritarismo puede convertirse

en una «industria floreciente», sumamente comercializable, y por ende más difícil de suprimir<sup>9</sup>.

Por ello podemos decir que la transición a la democracia se puede definir y delimitar históricamente. Porque no se refiere a un largo proceso de liberación y a la posterior democratización. Los procesos de transición democrática son el resultado, como se pudo observar —según O'Donnell, Schmitter y Whitehead<sup>10</sup>—, de las decisiones de los actores. Es el análisis de las transiciones democráticas iniciado en los años ochenta a partir de las experiencias de la Europa del Sur y América Latina. En la investigación realizada por estos autores no aparece la transición como excluyente de la democratización socioeconómica, y sí define las condiciones que hacen posible el paso del autoritarismo a la democracia; mientras que la perspectiva estratégica se ocupa de las alianzas, de los compromisos y las diferentes respuestas de los actores principales del proceso de transición. Podría decirse que la perspectiva de las estrategias comienza a ser pertinente allí donde la crisis del sistema autoritario ya es evidente, a partir de ese momento, es básicamente político y no socioestructural.

El análisis es político no sólo en el sentido que se ocupa de las estrategias en torno al poder

<sup>9</sup> O'Donnell, Guillermo y Schmitter, Philippe C., *Transiciones Desde un Gobierno Autoritario. Vol 4. Conclusiones Tentativas sobre las Democracias Inciertas*, Argentina, Paidós, 1991, pp 81-82.

<sup>10</sup> Cfr., *Idem.*, Loc.cit.

estatal, sino también de la selección de los objetos a estudiar, las perspectivas con las que se observan, y las conclusiones que se extraen manifiestan un objetivo político implícito, como el de extraer lecciones y reglas de actuación, que se puedan abstraer del estudio de los casos y que tengan relevancia y utilidad para los protagonistas de la próxima transición a la democracia. Las transiciones no son fenómenos aislados ni completamente independientes, por el contrario, las élites y los actores políticos, son capaces de aprender de los errores y de los éxitos ajenos. Sin este supuesto básico, el análisis de las transiciones y el análisis político carecerían de *valor político social*.

Según los autores arriba enunciados, la construcción política democratizadora produjo algunas conclusiones importantes que han contribuido su tránsito a otros países, sobre todo en los regímenes militares de América Latina y Europa del Sur. Muchas de las aportaciones fundamentales se ocupan de la manera de desactivar a los militares, como saldar las cuentas con el pasado. Se analiza la forma en que los períodos de transición desde la dominación autoritaria, están plasmados en las circunstancias históricas.

La transición puede ser entendida como «el intervalo que se extiende entre un régimen político y otro»<sup>11</sup>. Lo característico en las transiciones es que las reglas del juego no están bien defi-

<sup>11</sup> Cfr., *Conclusiones Tentativas... Op. cit.*, p 18.

nidas. Durante su proceso suelen estar en manos de gobernantes autoritarios, los que conservan un poder discrecional de acuerdo con el desarrollo en que encuentren los ordenamientos jurídicos y los derechos en una democracia estable, los que pueden estar o ser definidos y garantizados por una Constitución y por diversas instituciones independientes. Es posible decir, que hasta ahora no existen paradigmas de las transiciones democráticas.

En la actualidad no existe ningún paradigma teórico dominante en los análisis de las transiciones a la democracia aunque, sin duda, las perspectivas propiamente políticas, centradas en el Estado y los actores políticos, han desplazado a las puramente socioeconómicas<sup>12</sup>.

El principal problema ahora es la reconstrucción de redes de relaciones económicas y sociales desmanteladas durante las últimas tres décadas ligándolas a la vez dentro de un espacio común de intercambio político<sup>13</sup>. El riesgo más

<sup>12</sup> González Enríquez, Carmen, "Revoluciones y Transiciones a la Democracia: Dos Formas de Cambio Político". Benedicto, Jorge y Morán María de la Luz (Eds), *Sociedad y Política, Temas de Sociología Política*. España, Alianza, "Universidad Textos", 1995, p 395.

<sup>13</sup> Cfr. Cavarozzi, Marcelo, «Más Allá de las Transiciones. Reflexiones Sobre el Largo Plazo en la Política Latinoamericana». Barba Solano, Carlos, Barros Horcasitas, José Luis y Hurtado, Javier (Compiladores), *Transiciones a la Democracia en Europa y América Latina*, México, Universidad de Guadalajara/FLACSO, México/Miguel Angel Porrúa, 1991, p 391.

grave que aún prevalece en la década que fenece, no es necesariamente el retorno a los regímenes autoritarios, sino, además, el de una continuada degradación y marginación social y la intensificación del desorden económico. Podemos decir que existe un abandono de una modelo comprensivo con capacidad predictiva, exceptuando las teorías socioeconómicas de la democratización. Por lo tanto, no puede haber un sólo camino para alcanzar la democracia.

Marcelo Cavarozzi propone un camino posible para la articulación de regímenes democráticos estables. Reconstruir los tres espacios sociales como: el mercado, el Estado, la sociedad civil y los recursos para hacerlos estables; vincular dichos espacios dentro de una aventura común, lo que implica revertir los procesos que tienen la tendencia a la descentralización de esos tres espacios. Empero, es necesario advertir, que ello no significa que su materialización sea probable.

Más aún, creo que se puede pronosticar... que cuando más se demora la reconstrucción política y económica más fuerte será el efecto inercial de la erosión del período reciente y, por ende, más difícil el cambio de dirección<sup>14</sup>.

Es necesario insistir, que no puede haber un requisito único para la democratización en América Latina, porque no existe una condición previa suficiente que lleve a ese resultado. El buscar causas económicas, sociales, económicas,

<sup>14</sup> *Idem.*, pp 391-392.

culturales, psicológicas o internacionales no ha traído como consecuencia una "ley de la democratización" y nada garantiza que así suceda, aunque tampoco se puede afirmar que no continúe éste proceso.

Manuel Antonio Garretón retoma la definición de la transición a la democracia de Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, cuando reflexionan sobre las transiciones en América Latina, las que han sido llamadas por algunos politólogos: «transiciones ambivalentes». Apuntan que nuestras sociedades privilegiaron una forma política definida por una o varias características.

Una cultura política que definía una relación, según los casos, de **fusión, imbricación, subordinación o eliminación**, entre algunos de los elementos de esta triple relación... Los diversos populismos, militarismos y clasismos, así como el basismo alternativista, la manipulación clientelista, el hiperpragmatismo, el estatismo tecnocrático o corrupto, el corporativismo, todas estas manifestaciones de la vida política, aunque antagónicas, contradictorias y alternativas entre sí, fueron expresiones de una misma **cultura política**<sup>15</sup>.

Las transiciones democráticas en América Latina tuvieron sus propias características, pero todas tienen en común, el resquebrajamiento de

las matrices señaladas por Garretón, en algunos países unas dominan más que otras, como el agotamiento de una cultura política que las vinculaba a unas con otras. Pero se trata de un problema que es contradictorio y difícil, lo cual no es una garantía para que no haya regresiones a un tipo de cultura que afirme la necesidad de un Estado fuerte, como un sistema de partidos o un sistema fuerte de actores sociales.

En sociedades como las nuestras, que tuvieron un componente capitalista fuerte con regímenes semidemocráticos y autoritarios, se añadió a la acción colectiva de libertad, la de igualdad, de justicia social y la lucha contra la explotación económica<sup>16</sup>.

En general, lo central de los procesos de los setenta, es que dio, una ola de regímenes autoritarios y dictaduras militares. Las transiciones en América Latina en los años ochenta, originaron «democracias incompletas, con presencia de enclaves autoritarios y de estigmas éticos no superados (la violación de los derechos humanos bajo las dictaduras)»<sup>17</sup>.

Estos procesos de transiciones democráticas empiezan a tener cierta claridad, se constituyen con gobiernos que han sucedido a los militares o autoritarios, con «gobiernos democráticos modernizantes», los que se presentan como los nue-

<sup>15</sup> Garretón, Manuel Antonio, «Transiciones Equivalentes», *Leviatán. Revista de hechos e ideas*, Nos. 57/58, otoño-invierno, 1994, España, p 77.

<sup>16</sup> Cfr., Garretón, M. A., *Idem.*, pp 78-80.

<sup>17</sup> Garretón, Manuel Antonio, «Revisando las Transiciones Democráticas en América Latina», *Nueva Sociedad*, No. 148, marzo-abril de 1997, Venezuela, p 28.

vos salvadores del orden, los «mesías» de los centros del poder del sistema capitalista mundial. Allí donde la participación del gobierno norteamericano, en las decisiones de los Estados latinoamericanos, se coloca una máscara y se convierte en el principal promotor de la cruzada por la democracia.

El tema de la transición democrática está acompañada por un discurso que enarbolan los países neoliberales económicamente fuertes. Así, desde el proyecto neoliberal los procesos de democratización se van haciendo extensivos en la región. Se busca una «mayor participación democrática», fundada en una supuesta concepción de ética política «igualitaria» y «justa». Se intenta crear nuevos canales de intervención ciudadana y popular en las concesiones públicas<sup>18</sup>. Em-

<sup>18</sup> Para aquel que desee saber con más detalle sobre este proceso histórico latinoamericano le recomiendo que revise los siguientes materiales: Ianni, Octavio, *Imperialismo y Cultura de la Violencia en América Latina*, México, Siglo XXI, 1970; del mismo autor, *La Formación del Estado Populista en América Latina*, México, ERA, 1980; Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo, *Dependencia y Desarrollo en América Latina. Ensayo de Interpretación Sociológica*, México, Siglo XXI, 1979; Cardoso, Fernando Henrique, *La Democracia Necesaria*. Campinas, Papirus, 1985; O'Donnell, Guillermo, *Modernización y Autoritarismo*, Argentina, Paidós, 1973; del mismo autor, 1966-1973. *El Estado Burocrático Autoritario. Triunfos, Derrotas y Crisis*, Argentina, Editorial Belgrano, 1982; Portantiero, Juan Carlos, Maira, Luis, et. al., *América Latina. Proyectos de Recambio y Fuerzas Internacionales en los 80*, México, Edicol, «Estudios y Perspectivas» No. 2, 1980; Yrigoyen, Hipólito.

pero, cabe hacer notar, que en un primer momento, están referidos a pequeñas élites de la población, como: los grupos de técnicos medios, los sectores empresariales, los gerentes formados en universidades de los Estados Unidos, los inversionistas y otros sectores integrados al proceso de democratización. Es decir, es un modo de democratización selectiva y excluyente, que se extiende en el ámbito mundial.

A pesar de ello, los actuales antagonismos y los conflictos sociales están abriendo espacios de participación política incluyente, de los diversos miembros y grupos que constituyen la sociedad civil. Pero debo advertir que el contacto con la realidad social y política de Latinoamérica, como con las ideas y los conceptos de las cosas que transmiten las palabras, lo cual requiere de una interpretación simbólica de la política y de la democracia.

Sin embargo, el lenguaje se puede volver confuso y una palabra dicha por una persona puede no entenderse en el mismo sentido por otra, aunque posean una cultura semejante. Cuando esto ocurre aparece, lo que ciertos teóricos políticos llaman, un cisma ideológico que muestra una

*Mi vida y mi doctrina*, Argentina, Leviatán, 1981; Cueva, Agustín, *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982; y un libro de historia contemporánea objetivamente documentado de los historiadores, Skidmore, Thomas E. y Smith, Peter H., *Historia Contemporánea de América Latina. América Latina en el siglo XX*, España, «Crítica», Grijalbo/Mondadori, 1996.

transición social. Por ello las palabras, violencia, justicia, libertad, utilidad pública, revolución, justicia, equidad, igualdad, desigualdad, especialmente, cuando se ven a la luz de las cambiantes circunstancias históricas que hoy vivimos, se miran como conceptos arraigados en emociones que hieren creencias y actitudes y que inducen a tomar un bando definido, por eso se les llaman valores sociales, pero también pueden ser antivalores, ello, según el campo que se favorezca durante la transición, se pueden, incluso, considerar a los individuos sociales que simpatizan con la posición contraria, como subversivos.

Con relación a la subversión podemos decir que ésta refleja las incongruencias de un orden social, descubiertas por los miembros de éste, en un período histórico determinado a la luz de las nuevas metas que una sociedad busca alcanzar. En este caso, como el de América Latina, el neoliberalismo se ha colocado del lado de los antivalores, que en las tradiciones de lucha por la liberación y la democracia eran necesarios, como aquellos de revolución<sup>19</sup>, justicia, igual-

<sup>19</sup> Conceptos como el de Revolución, de profunda raíz ilustrada, han sido puestos en crisis. Luis Villoro al analizar el significado de revolución señala que «se bautiza «revolución» a sí misma, para sellar con ese concepto un vuelco de la historia: ruptura, corte que niega una época e inicia una nueva. Desde entonces se convierte en un concepto clave para comprender la época moderna... Pues bien, ese concepto clave ha sido puesto en crisis...» no sólo su significado sino su uso. Porque «la revolución es una racionalización de la actitud colectiva de renovación del

dad, libertad, autonomía, etc., los que se habían convertido en importantes para el proceso de cambio y que ahora resultan ineficientes e innecesarios, porque, según el discurso triunfalista de los neoliberales de dentro y de fuera, no resolvieron los problemas que se habían planteado como objetivos, se quedaron con el hecho, con la pragmatidad de los acontecimientos, pero el resultado es la consecuencia del proceso histórico, el cual debe ser interpretado a luz del mismo. Nunca siquiera se molestaron en analizar el por qué y el cómo de esto, ¿Cuáles fueron las causas que imposibilitaron la realización de esos principios? Las razones históricas están allí, pero requieren ser estudiadas objetivamente. De lo que estamos seguros es que la política económica neoliberal en América Latina se plantea como el objetivo estructural de la implantación de un

orden social. La introducción de la razón hace que los rasgos de la actitud revolucionaria adquieran un carácter específico que los distingue de las sublevaciones populares anteriores a la época moderna... Pueden presentarse por separado cuatro formas de racionalización que, en realidad, se encuentran indisolublemente entrelazadas. 1.- Racionalización del fundamento legitimador del poder; 2.- racionalización de la estructura social; racionalización del fin de la acción renovadora; racionalización de los medios para lograr ese fin». Villoro, Luis, «Sobre el Concepto de Revolución», *Teoría*, (Revista de Filosofía), No. 1, julio de 1993, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, pp 69 y 74. (Subrayado nuestro). Así pues, se ha vacunado a la realidad histórico social de los países latinoamericano, e inclusive, del mundo, contra todo lo que se refiera al sentido de Revolución, más aún, ha sido proscrita del lenguaje social y político por el neoliberalismo.

nuevo modelo de desarrollo que fomente las exportaciones y reestructure las industrias nacionales, obviamente las grandes industrias, con el fin de alcanzar competitividad en los mercados internacionales. Las transiciones y consolidaciones democráticas por la vía exclusiva de concertaciones económico sociales del sistema de organización autorregulatorios de los diversos ámbitos de la vida social, substitutos de la política o de las privatizaciones dogmatizantes, son una buena muestra de la combinación tecnocrática-corporativa con ideología neoliberal.

Es la aceptación, escribe Albert Hirshman, por parte de los políticos, a sujetarse a las políticas diseñadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, «jamás los latinoamericanos han sido aleccionados y aconsejados tan insistentemente como en los últimos años sobre las virtudes del mercado libre, de la privatización y de las inversiones privadas extranjeras»<sup>20</sup>, se podría decir lo mismo de los africanos y de los asiáticos.

En los extremos, entre la acción democratizadora y el racionalismo que busca reemplazar a la acción política, encontramos que la acción colectiva pierde su carácter político para ser reemplazada por una acción moral y religiosa. Resur-

<sup>20</sup> Citado por, González Casanova, Pablo, «Globalidad, Neoliberalismo y Democracia», *El Mundo Actual*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM, 1995, p 13.

gen comunitarismos de base étnico, religioso, populista, los mesianismos guerrilleros o de otro tipo, nuevos ideologismos y protagonismos individuales que rechazan la alteridad. Al lado de ello se dan resurgimientos de nostalgias populistas, clientelares o partidistas, pero ya sin la capacidad de convocatoria de los grandes proyectos de movilización de alto nivel; se presentan también formas fragmentadas y atomizadas con sus características de desorden, se hacen presentes apatías y en cierto casos con tintes delictivos y de corrupción.

La lógica del mercado se constituye como la única lógica del principio y desarrollo de la vida social, donde el Estado se reforma o moderniza, en el sentido de su descentralización y reorganización participativa<sup>21</sup>.

Es válida la tesis de Karl Terry Lynn, cuando sugiere que para el estudio de las democratizaciones debieran abandonarse la búsqueda de un conjunto de condiciones idénticas que puede justificar la presencia o ausencia de regímenes democráticos que en el pasado se han considerado como condiciones previas para la democracia, como: el respeto de la libertad, de la igualdad, de la justicia, de la participación, la distribución del ingreso, alfabetización y educación, aumento de la comunicación social y substituir-

<sup>21</sup> Cfr., Garretón, Manuel Antonio, «Cultura Política y Sociedad», Barba Solano, Carlos, Barros Horcasitas, José Luis, Hurtado, Javier (Compiladores), *Transiciones a la democracia...*, Ed. cit., pp 376 y ss.

lo por enfoques más modesto que consideren las circunstancias particulares y concebirla como el resultado de una democracia<sup>22</sup>.

El Francés Alain Touraine al hacer su pronóstico sobre América Latina, plantea la hipótesis probable de: si los países no caen en el caos, buscarán una "tercera vía", la socialdemocracia, que transformará los antiguos sistemas nacional-populares, con nuevos modos de intervención de las fuerzas sociales y políticas, para restaurar el equilibrio de un modelo económico orientado al exterior.

Lo grave es que el peligro del caos va en aumento y amenazan rebeliones de las clases medias y populares, ante su inminente precipitación hacia la marginalidad. La amenaza del caos tiene probabilidades de que presente, «más que la propuesta de un proyecto coherente y fuertemente integrado» anomia, lo cual obligará a transformaciones sociales importantes en lo interno y a la apertura indiscriminada hacia afuera. Es lo preferible para algunos, que soportar el antiguo liberalismo y el populismo. Esto es un reto, porque, la verdadera alternativa de América Latina está entre el caos y una disminución de las desigualdades sin lo cual la búsqueda indispensable de la competitividad conduce, también, al caos.

<sup>22</sup> Cfr., Terry Lynn, Karl, «Dilemas de la Democratización en América Latina», Barba Solano, Carlos, Barros Horcasitas, José Luis y Hurtado, Javier, *Transiciones a la Democracia. En Europa y América Latina*, Ed., cit., pp 416-417-418.

Los diversos gobiernos están muy lejos de pretender el desarrollo social, económico y político de nuestras sociedades. A pesar de esto, la lucha por la democracia que se está dando en la región no es una concesión, sino el resultado de las luchas sociales, no obstante, ésta es todavía muy endeble. Tenemos que tener presente, como escribe Philippe C. Schmitter, en sus «Cinco reflexiones sobre la cuarta onda de democratizaciones», el desarrollo del capitalismo.

La democracia no es inevitable y es revocable. La democracia no es necesaria, ni constituye un requisito funcional para el desarrollo actual del capitalismo, ni responde a un imperativo ético de la evolución social. Su consolidación exige un esfuerzo extraordinario y continuo, después del cual se puede esperar una autorreproducción más rutinaria (y aburrida) de la democracia estable<sup>23</sup>.

Los desafíos principales a la democracia en América Latina tienen que estar definidos por la profundización, relevancia y calidad de los regímenes democráticos, a lo cual se debiera superponer toda la serie de factores constitutivos de la transición a la democracia, tales como las demandas que apenas se van concretando, como son las de libertad, igualdad, justicia, el respeto por la diferencia y la tolerancia, por la autono-

<sup>23</sup> Schmitter, Philippe, «Cinco Reflexiones Sobre la Cuarta Onda de Democratizaciones», Barba Solano, Carlos, Barros Horcasitas, José Luis, Hurtado, Javier (Compiladores), *Transiciones a la democracia...*, Ed, cit., p 103.



mía, aunados al alto poder de dominio que ejercen las instituciones económicas mundiales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo.

En la actualidad parece, aunque no estoy todavía muy seguro, que en América Latina se ha pasado de la transición democrática a la «democracia», pero, para que ésta sea de calidad, necesariamente tiene que estar fundada en la participación de la ciudadanía, en la representación y satisfacción ciudadana en los procesos de decisión en todos los niveles locales, regionales y centrales. «Es en la profundización, la relevancia y la calidad del régimen que se juega el destino democrático de las sociedades latinoamericanas. A la larga estos fenómenos serán los que definirán la estabilidad de los regímenes y las posibilidades de nuevas olas de autoritarismo»<sup>24</sup> Esto es lo que parece perfilarse en muchos de los países latinoamericanos, en un siglo XXI donde la globalización es un fenómeno económico, social y político inminente, sin regreso a las antiguas formas de organización de los Estados-nacionales, para replantear hoy su pertinencia y viabilidad.

En general en los debates sobre la transición todavía prevalecen visiones optimistas en relación con las perspectivas de la democratización política. Manuel Antonio Garretón escribe que «completar o extender la democracia política y

<sup>24</sup> Garretón, M. A., «Revisando las Transiciones...», *Op. cit.*, p. 28.

hacerla efectiva como régimen, son dos de los procesos que componen lo que hemos denominado democratización política... «el problema» es asegurar que los principios e instituciones y mecanismos democráticos se extiendan en toda la vida política, por un lado, y que, ellos sean los que efectivamente procesan las demandadas de la sociedad en el plano de las decisiones políticas»<sup>25</sup>. Lo cual sería superar la situación de un poder dual, o lo que este mismo autor llama, la herencia de residuos o enclaves autoritarios. Empero, esta herencia ha permanecido en el tiempo. En 1998, más de dieciocho años después del inicio de los regímenes democráticos, los enclaves autoritarios, por ejemplo, como en el caso Chileno, diseñados por Pinochet para garantizarle a las fuerzas armadas el poder de veto en el sistema político chileno, permanecen firmemente enraizadas.

El filósofo y economista Franz Hinkelammert tiene una visión nada optimista respecto a las transiciones democráticas en América Latina. Escribe que si la democracia liberal está basada en la soberanía popular, entendido esto en su sentido amplio, es válido tanto para la tradición lockiana como para la roussoniana de la democracia. Aunque éstas son tradiciones dife-

<sup>25</sup> Garretón, Manuel Antonio, «La Democracia Entre Dos Épocas. América Latina 1990», *Revista Paraguaya de Sociología*, No. 80, enero-abril, 1991, Asunción, Paraguay, p. 31.

renciables, tiene en común, que basan el poder político en la voluntad de los ciudadanos y por lo tanto, que un sólo poder político soberano, dividida en varios poderes que se equilibran entre sí. Este poder es generado democráticamente por las elecciones y frente a éste, no existe poder político alternativo. Cualquier intento de establecer algo en contrario es alta traición.

Sin embargo, las democratizaciones que se dan en esta década de los ochenta en América Latina ya no se asemejan a esta presentación de la democracia liberal. Esto se hace visible en la forma que adquieren las constituyentes cuando convocan. Ya no surgen del derrocamiento de los regímenes autoritarios o totalitarios anteriores, como en el caso de las constituyentes burguesas, que resultan normalmente de las revoluciones burguesas que despedazan el poder anterior. Las constituyentes actuales de América Latina, en cambio, son convocadas por un poder político ajeno a la constituyente y por encima de ella. La constituyente es ahora un poder político ajeno a la constituyente y por encima de ella. La constituyente es ahora una asamblea convocada por otro poder político con la tarea de elaborar una constitución. La constituyente liberal es la constitución, y elabora la forma jurídica de una vida política futura que corresponda a lo que ella es —lugar de la soberanía popular—. La constituyente actual, en cambio, es un lugar de elaboración de un esquema político ya definido por otro

poder político. Este poder político, que ahora resulta ser también el lugar de la soberanía para la vida política democrática son las FFAA... ellas convocan a la asamblea constituyente y le asignan la tarea de elaboración de la constitución. Les dan las líneas generales de la constitución a elaborar. Ellas dan el visto bueno a la constitución elaborada<sup>26</sup>.

Más allá de las afirmaciones arriba apuntadas, como de las coyunturas políticas a las cuales responden y sus connotaciones tácticas, las reformulaciones de la idea de democracia asociadas a las transiciones forman parte de mutaciones en los sistemas políticos latinoamericanos y de replanteos sustantivos de las concepciones de la política y del cambio social, que no pueden dejar de considerar las influencias externas, como la de los estados Unidos, que obligan a asumir decisiones, que no son sólo consecuencia de procesos de transición políticas del interior de nuestros países, sino que responden a las presiones de instituciones de crédito internacional (BM, FMI, BID) que en cierta forma intentan regular las políticas internas de nuestras naciones.

¿Cuándo se ha pasado de la transición democrática o democratización a la democracia plena? Cuando realmente se de una relación participativa de todos los ciudadanos en las decisio-

<sup>26</sup> Hinkelammert, Franz, *Democracia y Totalitarismo*, San José de Costa Rica, Departamento Ecueménico de Investigación, DEI, 1987, pp 214-215.

nes que políticamente les compete a todos, y asumen el compromiso de respetarlas y de hacerlas respetar en un ejercicio libre, igualitario, equitativo, solidario y justo.

La democracia o "poliarquía", por otro lado, no tiene un sólo significado ni un sólo sentido, sino, más bien, como ya se había señalado arriba, es polisémica. Sin embargo, la democracia ya institucionalizada deberá reunir, por lo menos, los siguientes atributos, según O'Donnell, apuntados por Robert Dahl, a los cuales les agrega cuatro más, derivadas de las experiencias empíricas de América Latina, enriqueciéndola de manera notable:

- ° Gobernantes electos.
- ° Elecciones libres y justas.
- ° Sufragio incluyente.
- ° El derecho a presentar candidatura.
- ° Libertad de expresión.
- ° Información alternativa.
- ° Y autonomía de asociación.

Los atributos del 1 al 4 nos dicen que el aspecto básico de la poliarquía es que las elecciones son incluyentes, justas y competitivas. Los atributos del 5 al 7 se refieren a las libertades políticas y sociales que son mínimamente necesarias no sólo durante, sino también entre elecciones como condición para que las elecciones sean justas y competitivas...

Se requiere agregar otros atributos a la lista de Dahl. Uno es que los gobernantes electos (y algunos designados) no deberán ser despedidos arbitrariamente antes del final de su período de mando constitucional... Un segundo agregado es que las autoridades electas no deberían ser sujeto de represiones severas, vetos o exclusiones de cierta política dominada por otros, actores no electos, especialmente las fuerzas armadas... El tercero es que deberá haber un territorio nacional ganado sin oposición que defina claramente la población votante. Finalmente, una definición apropiada de poliarquía debería también incluir una dimensión intertemporal; la expectativa generalizada de que un proceso electoral justo y las libertades que lo rodean continuarán en un futuro indefinido<sup>27</sup>.

Si se logra cumplir, por lo menos con estos requisitos, se puede decir que se ha pasado de la transición democrática, de la democratización, a la democracia plena. Sin embargo, en el horizonte histórico de la realidad económica, social y política de países latinoamericanos hacen pensar que ésta no se ha alcanzado y más bien, los "nubarrones" del surgimiento de nuevas formas autoritarias se empiezan a hacerse presente en algunos Estados-nacionales, Venezuela, Argentina, Perú, Brasil. ●

<sup>27</sup> O'Donnell, Guillermo, "Debate: La Consolidación democrática"... , Ed. Cit. pp 119-120.

## DEMOCRACIA, JUSTICIA E INCERTIDUMBRE

La democracia forma parte del lenguaje del espectro político latinoamericano. Y como es de esperarse, existen diversas concepciones de ella, tanto en el debate político como en el de las ciencias sociales. En oposición a algunos de los modelos de la democracia liberal, como aquel que la concibe sin adjetivos<sup>1</sup>, las democracias en la región, al igual que se presenta como adjetivadas, lo cual hace necesario definir sus características y atributos comunes. En la actualidad, hablar de democracia real implica hablar de los principios, como de aquellos aspectos prácticos y comunes que la definen.

La palabra democracia, para un gran número de teóricos políticos, posee una multiplicidad de adjetivos, como de caracterizaciones, tanto positivas como negativas, dependiendo desde la posición política que se asuma. Dentro de las connotaciones consideradas como teórico-positivas, se encuentran las de la "democracia radical", "democracia real", "democracia participativa", "democracia substantiva", "democracia coasociativa", "democracia directa", "democra-

---

<sup>1</sup> Cfr. Krauze, Enrique. *Por una democracia sin adjetivos*. México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1986.

cia económica", "democracia emergente", "democracia urbana", "democracia ambiental"; entre las connotaciones teórico-negativas podemos mencionar las siguientes: "democracia burguesa", "democracia de baja intensidad", "democracia de la pobreza", "democracia delegativa", "democracia endogámica", "democracia formal", "democracia frágil", "democracia incierta", "democracia limitada", "democracia nominal", "democracia oligárquica", "democracia ordenada", "democracia precaria", "democracia principesca", "democracia restringida", "democracia tutelada", "democracias pobres", democracias "incompletas o defectivas". En todas ellas destacan algunas connotaciones normativas que les dan sentido y las definen por sus atributos. Ante esta multiplicidad de democracias adjetivadas, el término democracia en sí mismo tiene ciertos principios comunes como los de justicia, libertad, igualdad, equidad, solidaridad, atravesado por la participación de todos en los problemas políticos de todos y para ello se requiere de un factor común: el sufragio universal. El sufragio universal es, la piedra angular obligatoria de todo sistema político, que inclusive, los regímenes políticos autoritarios, las dictaduras militares no se atreven a rechazarlo abiertamente, casi siempre buscan manipularlo más que prohibirlo, y si suspenden su ejercicio, se apresuran a subrayar el carácter provisional de esta medida, proclamando con insistencia la virtuosa intención de preparar

el regreso a una expresión más libre y más auténtica de pueblo<sup>2</sup>.

Ante esta multiplicidad de democracias adjetivadas, la palabra democracia, no tiene una definición única, sino, que más bien, tiene un significado polisémico. Es de decir, por sus antecedentes empíricos de las diversas realidades sociohistóricas, políticas y culturales en las que se da, permite afirmar que ésta tiene una diversidad de sentidos y de significados. Empero, en todos ellos, se entremezclan factores racionales, éticos, ideológicos, que los actores políticos utilizan de acuerdo con sus intereses.

Se puede decir que no existe una definición única del término democracia, "existen democracias", las que tienen en común algunos de los principios ya señalados más los otros que se le suman, de acuerdo con las realidades sociales y políticas en las que se aplican.

En el contexto de América Latina el uso de este vocablo está recargado de connotaciones valorativas, éticas. Así, ha desempeñado el papel de **cómplice**, de **aliado** o de **adversario**. De **cómplice**, en la medida de que sirve para justificar una determinada posición política claramente no participativa y autoritaria. Es un **aliado** ejemplar para la organización política y el movimiento social. Y, además es **adversario**, porque perma-

<sup>2</sup> Cfr., Rosanvallon, Pierre, *La Consagración del Ciudadano. Historia del Sufragio Universal en Francia*, México, Instituto José María Luis Mora, Colección Itinerarios, 1999. p 9.

nece como ideal y denuncia, frente a las formas injustas, desiguales y represivas del poder constituido por un sistema electoral y democrático.

Las implicaciones de una conceptualización de democracia, exclusivamente política, han sido analizadas críticamente por muchos investigadores sociales y politólogos, se mantiene vigente el debate entre quienes la conciben como un régimen estrictamente político y los que, por el contrario, la entienden como un tipo de sociedad, o como un modo de vida, o de una práctica cotidiana.

En la discusión contemporánea de la democracia, ha quedado claro que ésta no es solamente una forma de gobierno, sino que también es un Estado social, una ética. Dentro de las perspectivas más comunes destacan, las de la democracia electoral, del ejercicio del voto, donde las instituciones formales establecidas corren el riesgo de ser limitantes y reductivas de ésta, en la medida de que se corre el riesgo de que puedan excluir lo fundamental de una democracia, como es el anhelo de la participación y de la deliberación política libre, en la búsqueda de un mundo más justo y humano.

La justicia es un principio que tiene tanto un valor ético como político. En el primer caso apela a la conciencia de la individualidad y en el segundo, es un factor regulativo y necesario en las relaciones sociales que quieran ser democráticas y libres. Para decirlo en palabras, muy cercanas

a las de John Rawls: la justicia es la primera virtud de las instituciones sociales, como la certeza y la coherencia lo son de los sistemas de pensamiento. Porque una teoría, por muy atractiva y esclarecedora que sea, debe ser revisada y, dado el caso, rechazada, si no es aplicable a una realidad histórico-social concreta, que es la que en última instancia determina su validez, e incluso su veracidad. De igual modo, no importa que las leyes e instituciones sean ordenadas y eficientes, pero, si no son justas, deberán ser reformadas o abolidas. Cada persona posee, por el hecho de serlo, la inviolabilidad de sus derechos, la cual está fundada en la justicia, por la misma razón, el bienestar general de la sociedad como un todo, no deberá ser nunca atropellada. Es por tal motivo que la justicia niega que la pérdida de libertad para algunos sea correcta, por el hecho de que el mayor bien sea compartido por la mayoría. Es decir, se opone a que los sacrificios impuestos a unos, los cuales se sobre valoran por el aumento de la cantidad de las ventajas disfrutadas por muchos: las mayorías. Es por ello, que los derechos garantizados por la justicia no deben estar sujetos a regateos políticos ni al cálculo de intereses sociales liberales, que por su propio carácter, son excluyentes de las minorías.

El papel de los principios de justicia se puede asumir a partir de asentar algunas ideas, como las que consideran que una sociedad es una asociación más o menos autosuficiente, constituida

de personas que aceptan ciertas reglas de conducta como obligatorias en sus relaciones y que en la mayoría de los casos, actúan de acuerdo a ellas. Supongamos que además se establecen algunas reglas, como las de un sistema de cooperación diseñado para promover a aquéllos que toman parte en él, ya que, a pesar de que la **sociedad** es una empresa cooperativa para obtener ventajas mutuas, se **caracteriza**, típicamente, tanto **por un conflicto, como por una identidad** de intereses. Esta identidad de intereses se da, cuando la cooperación social se hace posible para todos, por una vida mejor de la que pudiera tener cada ciudadano, si viviera únicamente de sus propios esfuerzos. Existe el conflicto de intereses porque las personas no son indiferentes, a cómo deberán distribuirse los mayores beneficios producidos por su colaboración, porque el objeto de preocupación de cada una de ellas, es perseguir sus propios fines, por lo mismo, preferirán una participación mayor que menor. Por tal razón, se necesita un conjunto de principios para escoger entre los diferentes arreglos sociales que determinan esa división de ventajas y suscribir un convenio sobre las participaciones distributivas correctas. Éstos no pueden ser otros que los principios de la justicia social, que proporciona una forma para asignar derechos y deberes en las instituciones básicas de la sociedad y, al mismo tiempo, definen apropiadamente, los beneficios y las cargas de la cooperación social.

Ahora bien, se puede decir que una sociedad está bien ordenada no sólo porque promueve el bienestar de sus miembros, sino porque, además, está regulada por una concepción de justicia. Esto es, que cada cual aprueba y sabe que los otros aceptan los mismos principios de justicia y, a la vez, que las instituciones sociales básicas satisfacen generalmente estos principios. Más aún, deberán tener la certeza de que éstas los cumplen. Este podría ser el rasgo de una asociación humana justa y bien ordenada.

Por ello, desde el argumento que estamos desarrollando, podemos decir, que el objeto de la justicia debe ser la estructura fundamental de la sociedad, o mejor dicho, el modo en que las instituciones sociales más importantes distribuyen los derechos y los deberes que determinan la división de las ventajas provenientes de la cooperación social. Una sociedad que satisfaga los principios de la justicia con **imparcialidad**, se acerca, en lo posible, a un esquema voluntario, puesto que cumple con los principios que consienten personas libres e iguales bajo condiciones imparciales. En este sentido los miembros de una sociedad con esas características son autónomos y, por lo tanto, las obligaciones que aceptan son voluntarias, y conscientemente, autoimpuestas. Lo cual constituye, en cierta forma, la base de la práctica democrática.

Pero, volviendo a la reflexión concreta que nos ocupa, el de la democracia, quisiera proponer una forma diferente de abordarla, como tam-

bién la de su ejercicio. La democracia, no necesariamente, tiene que darse a partir de un modelo o prescripción, totalmente utópico o idealizado, para cambiar lo característico de la realidad social concreta, porque vendría a ser, de cierto modo, lo mismo que desear la "supresión de la realidad". Una forma perniciosa de reflexionar sobre el fortalecimiento y el desarrollo de la democracia, consiste en proponer las condiciones estrictas que han de satisfacerse para que ésta se de. Destacan, por ejemplo, aquellas que señalan, que para que la democracia se alcance, debe haber un crecimiento económico vigoroso y una mejor distribución del ingreso; que la autonomía nacional debe afirmarse; que los partidos políticos deben mostrar un espíritu de cooperación; que la prensa y los demás medios de comunicación tienen que ser responsables; y que las condiciones cotidianas de las personas deben reestructurarse. Sin duda que todo esto es muy válido como propuesta, pero no es algo que necesariamente, deba cumplirse en un determinado y riguroso tiempo<sup>3</sup>. Sin embargo, considero que puede ser más constructivo imaginar cómo puede sobrevivir la democracia frente a una serie ininterrumpida de situaciones y acontecimientos adversos.

De lo que anteriormente hemos apuntado, es fácil inferir que nuestra propuesta se opone, o

<sup>3</sup> Cfr., Lipset, Seymour, Martín, *El Hombre Político. Las Bases Sociales de la Política*, España, Tecnos, 1997.

está en contra, y entra en contradicción con lo que la mayoría de las teorías sociocientíficas, que en general sostienen, tal o cual modelo de democracia. El punto de partida de esta reflexión tiene sus antecedentes en la lectura de los textos filosófico-políticos de Nicolás Maquiavelo, de algunos franceses ilustrados, para confluir con el estudio del teórico-social polaco-norteamericano, Adam Przeworski, quien en 1984 en una conferencia en el Brasil, apuntaba de manera muy sugerente provocativa, "ama a la incertidumbre y serás democrático"<sup>4</sup>. Sin embargo esta incertidumbre de ningún modo debe ser entendida como algo absolutamente indeterminado, o como algo probable, sino, más bien, como posible. Consiste en considerar a la incertidumbre como el punto de partida de la democracia. Para decirlo en las propias palabras de este autor: "La democracia aparece como un sistema en el cual todo el mundo hace lo que espera que le sea más favorable; luego se lanzan los dados y se espera para comprobar cuál es el resultado. La democracia genera una apariencia de incertidumbre porque se trata de un sistema de acción estratégica descentralizada, en el cual la información es ineludiblemente local"<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Cfr., Przeworski, Adam, "Quiere a la incertidumbre y serás democrático", Brasil, *Novos Estudos*, CEBRAP, julio, 1984.

<sup>5</sup> Przeworski, Adam, *Democracia y Mercado. Reformas Políticas y Económicas, en la Europa de Este y América Latina*, Gran Bretaña, Cambridge University Press, 1995, p 18.



O sea que, en lugar de buscar las condiciones necesarias y suficientes para el cambio, debemos estar al asecho de los acontecimientos históricos inusitados, de las raras concatenaciones de los sucesos favorables, de los pequeños senderos, de los avances parciales, como también que imaginemos la posibilidad de que otros pueden imitarnos. Debemos pensar en lo posible antes que en lo probable. Más aún, el hecho de que la incertidumbre sea inherente a la democracia, no quiere decir, que todo sea posible o que nada puede preverse. Contra las posiciones y los epítetos de distinto carácter de los conservadores, la democracia no equivale al caos ni a la anarquía. Se deberá tener presente que la incertidumbre se entiende que los actores no saben qué puede ocurrir, saben lo que es posible y probable, o lo que es probable y posible, pero no lo que ocurrirá. La democracia es incierta en este sentido.

Sería muy útil considerar en nuestra oferta, separar las condiciones económicas de las políticas, que históricamente, se han creído indisolublemente ligadas. Desde la destrucción de las frágiles democracias de Weimar y de España, en los años treinta del siglo XX, se ha tenido como axioma, que el deterioro del bienestar económico es fatal para una democracia que empieza a dar sus primeros pasos. Experiencias más recientes, sin embargo, muestran que en diferentes épocas históricas, esa relación no siempre ha

sido tan estrecha. Los regímenes democráticos de España y Portugal resistieron bastante bien los fuertes embates económicos que siguieron al shock del petróleo de 1978 y la depresión económica mundial de 1981 a 1983.

Esta depresión fue particularmente aguda en Brasil e hizo que el desempleo industrial alcanzara niveles sin precedente, sobre todo, en un país que no previó ninguna protección contra eventos de esta naturaleza. A pesar de ello, la apertura política iniciada por el régimen militar en 1974, no se ha visto interrumpida y ha sido continuada por la actual fase de democratización, durante la cual se levantó la censura y el poder político ha ido regresando a la conformación de cuerpos democráticos y a las funciones electorales. El último paso trajo como consecuencia, la elección regular de varios presidentes mediante elecciones, e incluso, uno de ellos, Color de Melo, fue sometido a juicio político por fraude y malversación de fondos, algo que hubiera sido inusitado en tiempos precedentes; el último, Fernando Henrique Cardoso (destacado académico, sociólogo y uno de los teóricos de la "Teoría de la Dependencia", que todavía se encuentra en el gobierno, alcanzó a través del voto popular, un éxito arrollador, a pesar de que aplicó la política económica impuesta desde afuera, del neoliberalismo y todas sus implicaciones sociales, políticas y económicas.

La proposición consiste en ir a contra-corriente. A partir de dos metas altamente deseables, como sería el caso de un Estado con instituciones democráticas fuertes y una economía más próspera, donde la riqueza sea repartida más equitativamente. Lo cual nos lleva a concebir que una sociedad determinada, puede avanzar en cualquiera de éstas dos direcciones, aunque algunas veces, una de ellas pierda algo del terreno en sus objetivos, pero, también, en otros, puede alcanzarlos e incluso, lograr otros nuevos. Se darían sucesivamente, progresos en una u otra dirección, aunque a costa del retroceso momentáneo en el sentido opuesto. Si de algo podemos estar seguros, es de que cualquier país que entre a la democracia, encontrará que dentro de los muchos otros cambios imaginables y deseables, que ayudarían al fortalecimiento de ésta, algunos estarán más a su alcance que otros. La tarea fundamental consistirá en estar pendientes de cuáles son éstos, haciendo a un lado los prejuicios y aprovechando las oportunidades que se vayan presentando.

En países como México y del resto de América Latina, es importante reflexionar sobre los valores que conviene difundir en la sociedad, para consolidar la democracia. Y es que la democracia, a diferencia del autoritarismo, tiene por base a la incertidumbre, en cuanto el curso que ha de seguir la actividad política, pues ésta última depende de los resultados de las eleccio-

nes populares, las que se caracterizan por ser inciertos. En un régimen autoritario en cambio, no hay, desde luego, una absoluta certidumbre sobre el quehacer político, sin embargo, existe una autoridad sobre las clases de políticas y direcciones que no se adoptarán nunca.

Por ello, una virtud esencial en una democracia es la de aceptar a la incertidumbre como su punto de partida, porque nos coloca ante la interrogante, si el propio programa de la democracia se llevará a cabo. Se tiene que valorar y colocar a la democracia por encima de la realización de programas y de reformas específicas, por fundamentales que éstos nos parezcan para el progreso democrático, económico o de cualquier otro tipo.

Amar la incertidumbre democrática implica que los ciudadanos se armen de paciencia. Supongamos que dos o tres partidos sostienen posiciones muy distintas frente a las cuestiones más sobresalientes, ello de ningún modo, implica que estén equivocados, sino más bien, coinciden en cuanto al interés común. Pero en la lucha política los diversos partidos ganan y pierden. Por esto mismo, para conservar la democracia después de las elecciones, el partido que pierda deberá esperar hasta los siguientes comicios para empezar a actuar, en lugar de levantarse en armas o de lanzarse a la guerrilla, o iniciar la revolución o tramar un golpe de Estado. Si esta condición es respetada, la sociedad puede

vivir una experiencia democrática y continuar dividida en dos o más campos antagónicos, sin que ninguno de sus miembros cambie de opinión. Los principios que cada cual sostiene le permitirá adoptar una posición congruente con las cuestiones políticas del momento y del futuro, independientemente del proceso político, de la campaña electoral y de cualquier discusión común. No obstante que se puede llegar a tener la impresión de que a una sociedad con miembros activos tan seguros de sus posiciones y tan impermeables a los argumentos de otros, se le dificultará respetar el proceso democrático. Considero que por esta misma razón, las probabilidades de que la democracia crezca y la hagan posible que sobreviva, tienen que considerar que al lado de la paciencia de los ciudadanos, se respeten otras condiciones además de las ya apuntadas.

Al analizar la participación de la gente en un proceso político auténticamente democrático, encontramos que apenas tiene una idea vaga o incierta de las diferentes cuestiones de la política pública. Por otro lado, a pesar de la seguridad con la que los candidatos a "puestos de elección popular" exponen sus puntos de vista, las posiciones no están tampoco lo suficientemente definidas. O sea, que muchos de los votantes y de los políticos no están muy seguros de las iniciativas y decisiones que tienen que tomar, lo cual sólo lograrán alcanzar, cuando las cuestio-

nes hayan sido discutidas ampliamente, como parte del proceso electoral y legislativo. Una de las funciones principales de estos debates consiste en proporcionar información y en desarrollar nuevos argumentos. Por lo tanto, la posición de muchos de los ciudadanos puede variar, inclusive, de manera extrema, comparada con la que se sostenía originalmente, no sólo como consecuencia del compromiso político y con las fuerzas de la oposición. Tal hecho lo podemos comprobar en los cambios de opinión de los electores, allí donde se da un verdadero ejercicio democrático.

La democracia además de tener un grado de incertidumbre sobre el curso que tienen que seguir los sujetos políticos, como la validez de sus opiniones iniciales respecto de varias cuestiones, sólo son posibles de aclarar durante el desarrollo de las deliberaciones que se lleven a cabo en los diferentes foros democráticos. Lo que no requiere que los electores asuman *a priori*, un compromiso político con una postura preestablecida, sino que ésta surja del ejercicio democrático, resultado de las deliberaciones acerca del curso que hay que seguir. Lo que substituye, el inalcanzable principio, sostenido por hombres como Juan Jacobo Rousseau<sup>6</sup>, sobre la supuesta "voluntad popular",

<sup>6</sup> Cfr. Rousseau, J.J., *El Contrato Social o Principios de Derecho Político*. Precedido del *Discurso sobre las Ciencias y las Artes* y del *Discurso sobre el Origen de la Desigualdad*. México, Editora Nacional, 1959.

condición para establecer la legitimidad de una forma democrática de gobierno.

Aunque, habremos de advertir, que la incertidumbre y el proceso deliberativo resultantes, son más un ideal al que debemos aspirar, que el requisito inflexible de una sociedad democrática. Empero, tenemos que persistir en ello. Además, si tomamos en cuenta la serie de factores anteriormente señalados, estaremos en disposición para analizar y considerar la nueva información, así como la opinión de los demás y las prácticas políticas.

En las culturas latinoamericanas, así como en otras del mundo, un gran número de teóricos sociales y políticos estarían en contra de lo que hasta aquí hemos apuntado, porque es más "seguro" partir de opiniones firmes sobre lo que sea, o ganar argumentos, que el que se tenga la capacidad de escuchar, y dado el caso, de aprender de los demás. Podemos decir que tanto sujetos sociales como culturas con esas características, están más inclinadas al autoritarismo que a la política democrática.

Para fortalecer a la democracia se requiere que los ciudadanos estén conscientes de que las soluciones que propongan para la resolver los problemas más comunes, no deberán aplicarse, sin antes ser sometidas a la discusión democrática. La cultura predominante, en la generalidad de los países de América Latina, es opuesta a lo aquí planteado. Sin embargo, se tiene que ir más

allá de las llamadas "transiciones democráticas" o "procesos de democratización" y tomar conciencia de que aquellas actitudes de una sociedad que no se ajusten democráticamente a los principios apuntados, tienen que hacer el esfuerzo por superar estos problemas y esforzarse por el ejercicio justo y democrático. ●



## BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Yamandú (1996). «Tareas de la reconstrucción para la filosofía latinoamericana». Ponencia. *III Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana*. San José de Costa Rica, junio.
- Arocena, Rodrigo (1993). «América Latina ante el subliberalismo». *El Gallo Ilustrado*, Semanario El Día, México, D.F., domingo 10 de enero, pp 6-8.
- Baudrillard, Jean (1988). *Cultura y simulacro*. Madrid, Kairós.
- Beck, Ulrich, Giddens, Anthony y Lash, Scott (1997). *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, Alianza.
- Beck, Ulrich (a)(1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós.
- \_\_\_\_\_, (b)(1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona, Paidós.
- Beuchot, Mauricio (1997). *Perfiles esenciales de la hermenéutica*. México, IIFL/UNAM.
- Bobbio, Norberto (1994). «El hombre de la cultura ante la historia». *Cuadernos Americanos*, Nueva Época. No. 48, enero-febrero, México, pp 99-101.
- Brunner, José Joaquín (1987). «Nota sobre la modernidad y lo posmoderno en la cultura latinoamericana». *David y Goliath*, No. 52, Año 8, septiembre, Argentina, pp 30-39.
- Calderón, Fernando (1987). «América Latina: identidad y tiempos mixtos o cómo tratar de pensar la modernidad sin dejar de ser indios». *David y Goliath*, No. 52, Año 8, septiembre, Argentina, pp 4-9.
- Chomsky, Noam (1997). *El nuevo orden mundial (y el viejo)*. Barcelona, Crítica / Grijalbo Mondadori.

- Careaga, Gabriel (1990). «Crisis de la modernidad: un asalto a la razón». *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 140, abril-junio, Año 35, México. pp 11-20.
- Cerutti Guldberg, Horacio. (1990). «Crisis, ética y desarrollo. Los desafíos y las oportunidades». *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*. Edición especial. Febrero, Yucatán, México, pp 12-15.
- \_\_\_\_\_, (1992). «Dependencia y alteridad». Varios Autores. *Soziale arbeit und internationale entwicklung*. Münster Hamburg Lit Verlag, Alemania, pp 207-211.
- Crocker, A. David (1990). «Participantes internos y externos en la ética del desarrollo internacional». *Revista de Universidad de Yucatán*. Edición especial. Febrero, Yucatán, México. pp 57-71.
- \_\_\_\_\_, (1991). «Cuatro modelos de desarrollo costarricense: análisis y evaluación ética». *Nuestra América* No. 18, septiembre-diciembre, CCYDEL/UNAM, México. pp 119-143.
- Deleuze Gilles y Guattari, Félix (1993). *¿Qué es la filosofía?* España, Anagrama.
- Eagleton, Terry (1997). *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires, Paidós.
- Echeverría, Bolívar (1995). *Las ilusiones de la modernidad*. México, UNAM/El Equilibrista.
- Follari, Roberto A. (1990). *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Argentina, Red.
- Friedman, George (1986) *La filosofía política de la Escuela de Frankfurt*. México, FCE.
- González Casanova, Pablo (1991). «Los desafíos de las ciencias sociales, hoy». *Universidad de México*, No. 491, diciembre, UNAM, México. pp 23-25.
- \_\_\_\_\_, (1998). «La explotación global». *Casa de las Américas*. No. 212, julio-septiembre. pp 6-18.

- Gutiérrez Pérez, Antonio (1991). «La globalización económica, alcances y límites». *Universidad de México*, No. 491, diciembre, UNAM. pp 12-14.
- Habermas, Jürgen (1986) «La modernidad un proyecto incompleto». Zoster, Hal, Habermas, J., et al. (1986) *La posmodernidad*. Barcelona, Kairós. pp 13-36.
- \_\_\_\_\_, (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, Taurus-Alfaguara.
- \_\_\_\_\_, (1990). *Pensamiento postmetafísico*. México, Taurus, Humanidades.
- \_\_\_\_\_, (1992). *Ciencia y técnica como «ideología»*. Madrid, Tecnos.
- Hegel, G.W.F. (1961). *Fenomenología del espíritu*. México, FCE.
- \_\_\_\_\_, (1974). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid, Revista de Occidente.
- Heller, Ágnes y Fehér, Ferenc (1994). *El péndulo de la modernidad. Una cultura de la era moderna después de la caída del comunismo*. Barcelona, Península.
- Heidegger, Martín (1980). *¿Qué es la filosofía?* Madrid, Narcea Ediciones.
- Hernández, Isabel (1987). «Acercas de la identidad latinoamericana: virtudes, defectos y contradicciones». *David y Goliath*, No. 52, VIII, septiembre, Argentina. pp 56-57.
- Hinkelammert, Franz J. (1987). «Frente a la cultura de la posmodernidad. Proyecto político y utopía». *David y Goliath*, No. 52, VIII, septiembre, Argentina. pp 21-30.
- Hobsbawn, Eric J. (1992). «Crisis de la ideología, la cultura y la civilización». AA. VV. *La situación mundial y la democracia. I. México*, FCE/UNAM/CONACULTA. pp 46-64.
- Hopenhayn, Martín (1995). *Ni apocalípticos ni integrados. Aventu-*

- ras de la modernidad en América Latina. Chile, FCE.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor W. (1987). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Ianni, Octavio (1996). *Teorías de la globalización*. México, CIICH/UNAM/SIGLO XXI.
- Ibarra, David (1992). «Equidad y desarrollo». AA. VV. *Las Américas en el horizonte del cambio. II*, México, FCE/UNAM/CONACULTA, pp 66-74.
- Jaguaribe, Helio (1992). «Experiencias y perspectivas del desarrollo». AA. VV. *Las Américas en el horizonte del cambio, II*, México, FCE/UNAM/CONACULTA, pp 39-65.
- Jamenson, Fredric (1996). *Teoría de la posmodernidad*. Madrid, Trotta.
- Kolakowski, Leszek (1990). *La modernidad siempre a prueba*. México, Vuelta.
- Kurnitzky, Horst y Echeverría, Bolívar (1993). *Conversaciones sobre lo barroco*. México, FFYL/UNAM.
- Kurnitzky, Horst (1994). «Barroco y postmodernismo: Una confrontación postergada». Echeverría, Bolívar (comp.) (1994). *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*. México, UNAM/El Equilibrista, pp 73-92.
- Lechner, Norbert (1993). «El debate sobre Estado y Mercado», en el *Gallo Ilustrado*, Semanario El Día, México, D.F., domingo 10 de enero, pp 1-5.
- Leff, Enrique (1990). «La ética del eco-desarrollo: hacia una racionalidad ambiental». *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, edición especial, febrero, Yucatán, México, pp 33-45.
- \_\_\_\_\_, (1992). «Ecología: una crisis de civilización». en AA. VV. *La situación mundial y la democracia. I*, México, FCE/UNAM/CONACULTA, pp 130-139.

- Levi, Arrigo (1994). «Pueblos, instituciones y política de la cultura». *Cuadernos Americanos*, Nueva época, No. 48, enero-febrero, VIII México, pp 104-113.
- Lipovetsky, Galles (1987). *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama.
- \_\_\_\_\_, (1994). *El crepúsculo del deber (La ética indolosa de los nuevos tiempos democráticos)*. Barcelona, Anagrama.
- Liotard, Jean-François (1987). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid, Cátedra-Teorema.
- \_\_\_\_\_, (1989). *La posmodernidad (explicada a los niños)*. México, Gedisa.
- Marsiglia, Javier (1992). «Aportes para una visión ética del desarrollo social», en AA. VV. *Soziale Arbeit und Internationale entwinccklang*, Münster, Hamburg, Lit Verlag, pp. 297-300.
- Martín Barbero, Jesús (1995). «La comunicación plural. Paradojas y desafíos». *Nueva Sociedad*, No. 140, noviembre-diciembre, 1995. Caracas, Venezuela, pp 60-69.
- Miro Quesada, Francisco (1976). «Función actual de la filosofía en América Latina». AA. VV. *Filosofía actual en América Latina*. México, Grijalbo.
- Morin, Edgar (1994). «El desafío de la globalidad». *Cuadernos Americanos*, Nueva época, No 48, enero-febrero, VIII México, pp 115-122.
- \_\_\_\_\_, (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, Gedisa.
- Pérez Piera, Adolfo (1992). «Desarrollo y cooperación en los noventa: una perspectiva desde América Latina». AA. VV. *Soziale Arbeit und Internationale entwinccklang*, Münster, Hamburg, Lit Verlag, pp. 137-145.

- Piccini, Mabel (1991). «Técnicas culturales seriales y posmodernidad». Seminario. *La posmodernidad*. México. UAM-Xochimilco, Colección Ensayo, pp 9-11.
- Quintanilla, Miguel A. (1985). «El valor cultural de las nuevas tecnologías». *Achor*, No. 473, tomo 121, mayo, Madrid. pp 67-83.
- Mate, Reyes (Ed.) (1993). *Filosofía de la historia*. Madrid, Trotta.
- Rodó, José Enrique (1970). *Ariel. Liberalismo y jacobinismo*. México, Porrúa, Col. *Sepan cuantos...* No. 87.
- Rozo, Carlos A. (1993). «Internacionalización y competitividad». *Política y Cultura*. México, UAM-Xochimilco, Invierno-Primavera, año 1. pp 307-318.
- Ruiz Gutiérrez, José Luis (1991). «La configuración del nuevo Estado Mexicano». Seminario. *La Posmodernidad*. México, UAM-Xochimilco, Colección Ensayos. pp 15-28.
- Sánchez Azcona, Jorge (1991). «Modernidad, economía, poder y educación». *Universidad de México*. No. 491, diciembre, México. pp 54-59.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1983). «Racionalismo, tecnología, ideología y política». *Dialéctica*, No. 13, año VIII, junio. pp. 11-26.
- Serrano Caldera, Alejandro (1991). «Metafísica de la técnica». *El fin de la Historia: reaparición del mito*. La Habana, Universidad de la Habana.
- Solares, Blanca (1995). *Tu cabello de oro Margarete... Fragmentos sobre odio, resistencia y modernidad*. México, Universidad Inter-continental/Miguel Ángel Porrúa.
- Therborn Göran (1992). *Peripeccias de la modernidad. (El porvenir de las clases del socialismo en la era post-industrial)*. Buenos Aires, Edición El Cielo por Asalto.

- Touraine, Alain (1987). «Ni transformar la razón en armas ni la identidad en teocracia o intolerancia». *David y Goliath*, No. 52, septiembre. pp 10-15.
- Toynbee, Arnold (1946). *A study of history*. Oxford University. Ingl.
- Urquidi, Víctor L. (1992). «El dilema protección ambiental vs. desarrollo», en AA. VV. *La situación mundial y la democracia. I*. México, FCE/UNAM/CONACULTA. pp 148-157.
- Vattimo, Gianni (1986). *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura moderna*. México, Gedisa.
- Villoro, Luis (1989). «¿De qué hablamos cuando hablamos de la modernidad?». *Utopías*, No. 3, julio-septiembre, FFYL/UNAM. México.
- \_\_\_\_\_, (1992). «La fraternidad base de toda comunidad auténtica», en AA. VV. *La situación mundial y la democracia I*. México, FCE/UNAM/CONACULTA. Pp 88-95.
- \_\_\_\_\_, (1993). «Filosofía para un fin de época». *Nexus*, No. 185, mayo. Pp 43-50.
- \_\_\_\_\_, (1994). *El pensamiento moderno. Filosofía del renacimiento*. México, FCE.
- Viotti, Emilia (1992). «Nuevos paradigmas para el desarrollo y la democracia». En AA. VV. *Las Américas en el horizonte del cambio II*. México, FCE/UNAM/CONACULTA. pp 151-161.
- Wittgenstein, Ludwin (1990). *Conferencia sobre ética*. Barcelona, Paidós.
- Zea, Leopoldo (1974). *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana*. México, Joaquín Mortiz.



# ÍNDICE



---

<b>LA POSMODERNIDAD</b>	<b>7</b>
El desarrollo en América Latina: latinoamericanismo y globalización	28
Latinoamérica y globalización	34
Democracia en América Latina y nuevo orden mundial	45
<b>GLOBALIDAD, NEOLIBERALISMO Y DEMOCRATIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA</b>	<b>51</b>
<b>DEMOCRACIA, JUSTICIA E INCERTIDUMBRE</b>	<b>85</b>
<b>bibliografía</b>	<b>103</b>

